Cervantes Saavedra, Miguel de.
Don Quixote. (ed.Rodriguéz
Marín)

Algunos juicios acerca de la
edicion crítica del "Quijote"
anotada por F. Rodríguez Marín.



ALGUNOS JUICIOS

ACERCA DE LA

EDICION CRÍTICA DEL "QUIJOTE"

ANOTADA POR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

SÁCALOS A LUZ EXTRACTADOS Y COMPILADOS

UN AMIGO DEL EDITOR

Contiene los emitidos por la Sra. D.ª CONCHA ESPINA y los Sres. ALONSO CORTÉS, CASARES, CÁVIA, FOULCHÉ-DELBOSC, GÓMEZ OCAÑA, GONZÁLEZ DE AMEZÚA, ICAZA, JULIÁ, MORÁN, ORTEGA MUNILLA, ROMÁN SALAMERO Y SALCEDO RUIZ.



MADRID

1918

ALGUNOS JUICIOS

ACERCA DE LA

EDICION CRÍTICA DEL "QUIJOTE"

ANOTADA POR

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

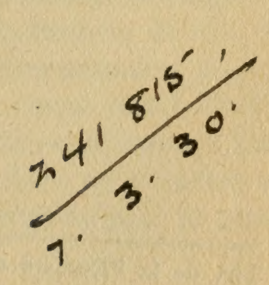
SÁCALOS A LUZ EXTRACTADOS Y COMPILADOS

UN AMIGO DEL EDITOR

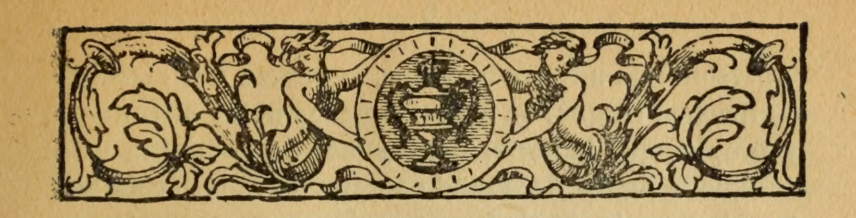
Contiene los emitidos por la Sra. D.a CONCHA ESPINA y los Sres. ALONSO CORTÉS, CASARES, CÁVIA, FOULCHÉ-DELBOSC, GÓMEZ OCAÑA, GONZÁLEZ DE AMEZÚA, ICAZA, JULIÁ, MORÁN, ORTEGA MUNILLA, ROMÁN SALAMERO y SALCEDO RUIZ.



MADRID
1918



Tip. de la "Revista de Arch., Bibl. y Museos", Olózaga, 1.



I

Don Agustín G. de Amezúa (*El Siglo Futuro,* 22 de marzo de 1916):

Dijo Menéndez y Pelayo en ocasión memorable que la labor de comentar dignamente el *Quijote* era empresa que requería el concurso de toda una generación. Pero hay hombres jayanes de copiosísima lectura, prodigiosa memoria y sagaz y sutilísimo olfato literario, que en muy pocos años son capaces de suplir por sí solos el dormido esfuerzo y actividad de todos los de su tiempo. De este linaje de escritores es don Francisco Rodríguez Marín, benemérito ilustrador de las letras patrias, rebuscador sin descanso de todos los papeles viejos que atesora España, enamorado de la lengua y del espíritu castizo de su Siglo de Oro, tan familiarizado y ducho en su literatura, que el mismo insigne polígrafo montañés aseguró que nadie le aventajaba en el conocimiento de ella, y español, a la postre, por los cuatro costados, pues procede por solar y saber de la hermosa tierra andaluza, donde, con los años, han venido refugiándose, huyendo acaso del mal trato que recibían en el nativo suelo castellano, la alegría sana y vivificadora, lo genuino

y personal de nuestro carácter, la pureza y perfección de nuestra lengua, en suma, aquellas notas distintivas y propias que hicieron del español de antaño la más envidiada figura del mundo entero. Prendas semejantes eran, a la verdad, necesarias para acometer la magna empresa de comentar el *Quijote*, libre y limpio primero de las mil groseras erratas, arbitrarias mudanzas y caídas lastimosas con que lo habíamos recibido al cabo de tres siglos de pasar por las manos impías de editores... y eruditos. De eruditos, ciertamente, también.

Porque erraron una y mil veces cuantos creyeron que su comento tenía que ser obra exclusiva de un erudito, dando a esta voz el significado y valor con que el vulgo, no sin fundamento, la emplea; esto es, un sabio seco y pobre de imaginación, estéril de crítica, torpe e insensible a la belleza, coleccionador maniático de inútiles rarezas, indiferente u hostil a la vida y modismos del pueblo, y para quien la inmortal novela es secundario empeño o buscada ocasión para ostentar pedante e intempestiva sabiduría.

....

No hay voz, giro, partícula, frase o construcción dudosa que no salga de la pluma de Rodríguez Marín diáfana y clara, asistida y vigorizada con dos o más ejemplos tomados directamente de mil escondidas obras, coetáneas de CERVANTES las más, en sustento y autoridad de lo alegado. Y éste era el verdadero comento, la labor más difícil y necesaria: aquella que, conservando el espíritu y fin de la novela, no desvirtuándola con ridículas o forzadas interpretaciones, se limita a dejar la obra en manos del lector, pura y simplemente, reconstituyendo el texto en su prístina pureza, y sin otras ayudas o aclaraciones que las que legítimamente piden el alejamiento de los tiempos en que se escribió, la mudanza de costumbres, alteración

de usos, desuso de voces y locuciones, u olvido de los hechos y personas que para los lectores de las primeras ediciones tuvieron que ser cosa familiar y corriente. Por eso, y nada más que por eso, pudo decir CERVANTES que su obra no necesitaba comento.

Con sumar, en efecto, cientos de volúmenes los dedicados a ilustrar el *Quijote*, la menor parte de ellos se dirigieron a estudiar su lenguaje y a analizar el valor y propiedad de su léxico; porque, sin duda alguna, era tarea más llana y hacedera la de amontonar las impresiones personales que su lectura dejaba (¿quién no las ha tenido?), desde el comentario simplicísimo y rústico del torero Montes, que, a falta de mejor minerva, anota con rayas al margen de su ejemplar las veces que se nombra a los protagonistas, amo y criado, en la inmortal historia, hasta el crítico tocado de anticlericalismo que columbra en esta o la otra aventura del libro cervantino el misterioso y disfrazado designio de debelar la Inquisición, las Ordenes religiosas o la autoridad real. Tarea más costosa era, por cierto (y ¡cuán hermosamente la ha llevado a cabo Rodríguez Marín!), ponerse en contacto con el pueblo mismo, único archivo donde todavía perduran mil felicísimas locuciones que en los libros no se hallan; trasladarse ideal y literariamente al medio mismo en que respiró CERVANTES su cultura y modeló su espíritu, evocar sus costumbres, beber su lenguaje, perseguir sus rastros biográficos, alusiones, ironías y burlas por archivos de verdad, notariales, curialescos, públicos y eclesiásticos, viviendo, no nuestra vida y lenguaje extranjerizado y adulterado después de todo un siglo de Constitución y Prensa periódica, sino la de CERVANTES, encerrada en amarillentos pergaminos o libros raros o inabordables, sin perder de vista por eso al pueblo mismo con sus cantares, decires, cuentos y tradiciones. Labor ímproba

y ciclópea, de monje benedictino, en la que el propio ingenio y el culto a la belleza salen incólumes, por milagro de Dios, de los oscuros sótanos y desvencijados desvanes donde, simbólicamente, se guardan las peregrinas noticias u originales datos, exornados después con tanta amenidad y gusto por su incansable descubridor.

....

Valgan ahora, para terminar estas desaliñadas líneas, cuatro palabras acerca de la presentación externa o material. Es bella en extremo: los tipos, grandes, claros, limpios y espaciados, no darán, como tantos otros libros, larga y segura cosecha de clientes a los oculistas; el papel, fabricado *ah hoc,* recio, duradero y blanco, sin los molestos reflejos del satinado; el tamaño, manuable y simpático; aciertos todos que, a la verdad, merecía el famoso Caballero manchego, salido hoy de nuevo a la plaza del mundo con los lucidos arreos y vistosas galas con que ha sabido vestirle su ilustrador meritísimo.

II

Don Ángel Salcedo Ruiz (*Diario de Barcelona,* 6 de junio de 1916):

....

Don Francisco Rodríguez Marín no es sólo el primero de los cervantistas, sino el cervantista por excelencia. La cervantología es en él como la teología escolástica para los doctores de la Edad Media y del Renacimiento español: la ciencia madre, el conocimiento básico y fundamental, y así como aquellos doctores, trataran de lo que trataran, eran siempre teólogos, Rodríguez Marín es siempre cervantista. Sus investigaciones sobre Cervantes no son esporádicas

u ocasionales, sino rigurosamente sistemáticas, sujetas a un plan que va desarrollando con método científico y constancia de sabio alemán. La publicación de los *Nuevos documentos cervantinos* no fué un término, ni aun una estación, sino una parte de la serie; estaba el libro en la imprenta, y ya corría él de archivo en archivo municipal andaluz en busca de nuevos papeles; en el *Boletín de la Real Academia Española,* en su número de abril, último publicado, comienza a ver la luz el fruto de estas recientísimas diligencias, que son otros tantos descubrimientos.

A lo que conviene añadir cuanto dijo Menéndez Pelayo sobre la calidad excelsa de la erudición de Rodríguez Marín, el cual no es mero rebuscador de datos y noticias, ni su trabajo es de aquel género "muy honrado y respetable, a no dudar, que de ningún modo está vedado al más prosaico entendimiento, cuando tenga suficiente dosis de paciencia, de atención, de orden, y, sobre todo, de probidad científica..." Rodríguez Marín es, por lo contrario, "de los que arrancan los sillares de la cantera con la mano de la ciencia, pero que con la del arte los pulen; y sólo por el arte cobran duración eterna los productos de la mente humana. Sólo lo que la gracia ha tocado puede tener esperanzas de inmortalidad..." Es de los que "para enseñorearse del reino del pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, pide al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle, *para conocer de veras una cosa, hay que amarla antes*". En algo equivocóse Menéndez Pelayo al juzgar a Rodríguez Marín: en suponer que el comentador de *Rinconete y Cortadillo* y de *El Celoso Extremeño* no podría serlo del *Quijote*, empresa demasiado grande para un hombre solo, y que únicamente podría ser concluída por una legión de literatos.

La edición crítica anotada por el insigne cervan-

tista, de que ya van publicados dos tomos (I, XXVII + 484 páginas, y II, 502), desmiente tal profecía. Fruto el más sazonado y sabroso de estas fiestas centenarias y de la fecunda, larga y gloriosa carrera de Rodríguez Marín, aparece desde luego como definitiva en su orden y género, y de las que no cabe apuntar otros peros que los inevitables en todo lo que hacen los hombres: los lunares de las hermosas, de que habló Tertuliano. A muchos enfadan las notas y los comentarios en general, contentándose con entender de los textos lo que pueden, o lo que se figuran ellos entender o comprender; dicen que las notas los confunden y marean; están en su derecho. Otros toman por comentarios sus propias imaginaciones o las de los que comentan doctoral y fantásticamente, viendo en las obras literarias, no lo que hay en ellas, sino lo que ellos se figuran que debe haber. El *Quijote* ha padecido, quizás como ninguna obra maestra, la plaga de estos comentadores que se las echan de filósofos transcendentales, y que por el prurito de agrandar la concepción cervantina a su capricho, o como se figuran ellos que las cosas se agrandan, la desnaturalizan, desfiguran, afean y empequeñecen.

Ni a unos ni a otros pueden agradar ni satisfacer los comentos y notas de Rodríguez Marín, el cual, no enamorado de sí mismo, sino de CERVANTES y del *Quijote,* acércase al incomparable monumento literario con la devoción humilde y fervorosa del que ama y venera, y no trata de convertir ese monumento en cátedra de sus ideas, ni a CERVANTES en portavoz de sus fantasías, sino de interpretar lealmente lo que CERVANTES escribió y de esclarecer los muchos puntos oscuros que hay en un libro de hace tres siglos, exacto reflejo de una sociedad y época de tan distinto lenguaje y diversos usos y costumbres de la nuestra, repleto de referencias y alusiones a cosas y personas

desconocidas o imperfectamente conocidas por la generación presente. Sus comentos son lingüísticos o filológicos, e históricos o de costumbres; pero esto basta para que resulten una obra maestra de la lengua castellana, de Gramática histórico-comparada, e igualmente maestra de historia social española. Nadie podrá ufanarse, de aquí en adelante, de conocer el estado social de la España del Siglo de Oro sin haber estudiado las notas de Rodríguez Marín al *Quijote*.

....

III

Don Mariano de Cávia (*El Imparcial,* 4 de diciembre de 1916):

Publicados ya cuatro tomos y faltando sólo un *empujoncillo,* como dice el preclaro escoliasta, para rematar esta ardua empresa, algo puede ir diciendo la crítica acerca de la edición del *Quijote* anotada por don Francisco Rodríguez Marín: el tributo de mayor cuantía, en mi entender, que ha logrado CERVANTES en este infausto año de 1916. A los cervantistas de buena cepa y buena fe —no a los delirantes, fantásticos y tocados de "locura contagiosa", como los del cuento de Hartzenbusch— nos ha resarcido ampliamente el señor Rodríguez Marín de la falta de otros homenajes, aplazados quizá, según el giro que lleva la guerra europea, para el año de 1947, cuarto centenario del nacimiento de CERVANTES.

Allá por el pasado mes de junio, y con motivo de cierto paralelo entre lo que representan don Quijote y Sancho y lo que significan los dos grupos contendientes en la guerra actual, el ilustre hispanista monsieur Morel-Fatio dijo en la parisiense *Revista de*

Ambos Mundos que los anotadores españoles "no tienen aún la destreza ni el riguroso método de los editores de Shakespeare y de Dante, ni de los colaboradores de la colección de *Grands Ecrivains*. Según el señor Morel-Fatio, "el arte de editar un texto, de volverlo y revolverlo para extraer todo su jugo, exige una paciencia y una minuciosidad que no son del agrado de los españoles". Esta observación nada benévola fué oportunamente recogida por don Julio Casares. "Nosotros creíamos —observó a su vez este sagaz comentarista— que la edición, por ejemplo, del *Cantar de Mio Cid* hecha por Menéndez Pidal no tenía nada que envidiar a las mejores obras de igual género publicadas en otros países."

Por nuestra modesta parte, podemos añadir que si después de los cuatro tomos que el señor Rodríguez Marín ha publicado, apurando escrupulosamente la materia en que ha puesto todo su saber, insiste monsieur Morel-Fatio en su desdeñosa afirmación, habremos de convenir en que el ilustre hispanista puede disputar la gala y la palma, como hombre descontentadizo, al mismísimo Pococurante, el veneciano aquel que pinta Voltaire en su *Cándido*. Aun bien que no se quedará solo dicho señor, si esta edición crítica del *Quijote* tampoco acierta a henchirle las medidas de su exigente gusto; porque le harán muy buena compañía otros sujetos de aquende el Pirineo, para quienes el comentario a capricho, la hipótesis de fantasía, "atisbo genial", como dicen ellos, el escarbar a todo su antojo en el "sentido oculto" del texto cervantino, son los únicos escolios dignos de tamaña obra y tamaños juzgadores.

No, no es a éstos a quienes el señor Rodríguez Marín viene a servir y complacer. Dado el temperamento del tan estudioso como ameno polígrafo, y atendidos los precedentes con que nos preparó en la

edición quijotil de *La Lectura* para la empresa definitiva, ésta, que ya toca a su feliz término, es todo lo contrario de lo que han hecho y solicitan —a veces con *curiosidad impertinente*— los aficionados a meterse en *esoterismos* de once varas.

Para viajar por los espacios imaginarios, para remontarse en alas del capricho a las regiones donde Sancho Panza se puso a jugar con las Siete Cabrillas, no hacen falta alforjas: las alforjas en que el señor Rodríguez Marín ha embutido una cantidad extraordinaria de paciencia, de estudio y de amor a las cosas españolas, después de haber examinado atentamente los equipajes con que los numerosos y renombrados anotadores del *Quijote* se habían lanzado anteriormente a seguir al ingenio creador en sus múltiples andanzas. Para vagar en las esferas de la hipótesis y divagar en los andurriales del antojo, basta dejarnos llevar por *la loca de la casa*, que en semejantes trotes acaba por quedarse tonta. Entre muchos diarios y sumas necedades, algunos trabajos muy interesantes y de suma agudeza espiritual ha producido la manía *esotérica*. El *Quijote,* como el maná bíblico, tiene el divino don de prestarse a todos los gustos. Por desgracia, entre tantos paladares arbitrarios, si ha habido algunos de mucha finura, otros son torpes, estragados o propios de papamoscas.

La complicada y minuciosa tarea del señor Rodríguez Marín (y no la llamo inmensa e intensa, por el deshonesto abuso que hoy se hace de estos adjetivos) es limpia y honradamente *exotérica*. ¿Para qué perder el tiempo y malgastar el magín en buscar caprichosamente pan de trastrigo en el *Quijote,* cuando es tan copioso y rico el pan de flor que nos brinda Cervantes en la mejor obra imaginativa que ha producido el ingenio humano? Con servir ese pan sobre los limpios manteles que le corresponden, y no con

hacerlo migajas y bolillas a nuestro capricho, se rinde a CERVANTES el mejor tributo de nuestra atención y nuestra admiración.

El señor Rodríguez Marín no se mete indiscreta y temerariamente *de puertas adentro* en el alma de CERVANTES. Lo que hace, y con respetuoso esmero, con profunda devoción, que no excluye las sagaces censuras del libre examen, es sacar *de puertas afuera* y poner a plena luz lo que en el texto cervantino han dejado oscuro las mudanzas del tiempo.

Hoy no se discurre, ni se habla, ni se vive, como en tiempo de CERVANTES. *Distingue tempora et concordabis jura.* A fuer de buen abogado, el señor Rodríguez Marín ha llegado plenamente en su edición crítica a esta concordancia de derechos, previa la distinción de tiempos, en que no se habían fijado suficientemente los anteriores escoliastas del *Quijote*. Y así, página por página, nota por nota, cuando este anotador no nos hace el peregrino obsequio de una noticia completamente nueva, rectifica algún error literario, gramatical, histórico, jurídico o costumbrista de los muchos y buenos anotadores que le han precedido en esta difícil labor, unas veces ilustrando y esclareciendo el texto cervantino, otras dejándolo más confuso y embrollado de lo que ya le habían dejado la mudanza de los tiempos y ¿por qué no consignarlo sinceramente? la misma *festinación* (como ha escrito en estas columnas *Fray Candil*) con que escribía el tan atropellado como insuperable MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Cuando no todo, porque hay empresas superiores a las fuerzas humanas, casi todo lo deja aclarado, explicado, puntualizado y desenvuelto, con aquella soltura que sólo da la seguridad de una disciplina; esta edición crítica del *Quijote* se basta por sí sola para evitar que el tercer centenario de la entrada de CER-

VANTES en la gloria haya sido, por culpa de mandarines y beocios, un nuevo motivo de oprobio nacional.

Las notas de esta edición, tan copiosas, que duplican cada capítulo, constituyen un *repertorio* (como se decía antaño, atendiendo a los *reportes*) tan vasto y tan instructivo de todo cuanto atañe a la antigua vida española, aparte de las muchas y estrechas relaciones que tuvo con la vida de los demás pueblos, que será preciso reputar por incapaz de sacramentos, como suele decirse, al literato, al gramático, al historiógrafo, al jurista, al político, al pedagogo, al costumbrista, al artista de todo linaje, al curioso, en suma, de todo cuanto importe a España, que no tenga a mano tal edición como perenne libro de consulta. Solamente con las citas, todas a tiempo, todas interesantes, puede remediarse un millar de eruditos de segunda mano.

Si en medio de tal abundancia peca de algo esta obra del señor Rodríguez Marín, es por exceso de reserva para no caer en el *esoterismo* que ha engendrado tantas fantásticas y monstruosas visiones. ¿Por qué, verbigracia, en el misterioso capítulo de la cueva de Montesinos no ha recogido el señor Rodríguez Marín, así fuera para rectificarla, la interesantísima versión, política y satírica, que ha dado el señor don José de Armas de aquella soñarrera de don Quijote? Episodio y comentario son que merecían el esfuerzo (o, como pedescriben los galiparlantes, que *valían la pena*) de ser refrendados o de ser enmendados por nuestro puntual y admirado escoliasta.

En el cual, para terminar esta sucinta noticia, se da un caso peregrino y se cifra el mérito mayor a que se puede aspirar en este género de trabajos, esencia y aroma de la vida que España vivió, y de la cual vive todavía. La Erudición, matrona rígida y zahareña, suele hacer muy malas migas con la Ame-

nidad, dama atractiva, graciosa, y frívola al parecer. El señor Rodríguez Marín, mago del sólido saber y del ingenio andaluz, realiza el milagro de presentarnos una y otra tan estrechamente enlazadas, que nos parece asistir —con permiso de Enrique Heine— a las suspiradas bodas del pino del Norte con la palmera del Mediodía.

Ahora que tanto se habla del *genio latino* y tanto se envidia, por otra parte, la paciencia, la minuciosidad, el riguroso método de los germanos, me permito brindar a monsieur Morel-Fatio la metáfora que antecede, por si le sirve para hacer un poco de justicia a los españoles que, trabajando muy de firme, con rigor septentrional, saben reflejar en su trabajo la luz y la gracia con que nos favorece el Mediodía.

IV

Don Constantino Román Salamero (*El Imparcial*, 2 de enero de 1917):

....

El trabajo llevado a feliz término por el señor Rodríguez Marín —el tomo sexto y último está ya impreso y aparecerá en febrero próximo— constituye una verdadera enciclopedia cervantina. Si el insigne comentador no agotó por completo la materia que se impuso, porque las obras del genio aparecen bajo aspectos nuevos a medida que las generaciones se suceden, puede decirse que dejó pocas cosas por aclarar y explicar en cuanto se refiere a la parte histórica, filológica, erudita y anecdótica del *Quijote*. Como escribe el comentador en una de sus notas del tomo V (página 144), "Cervantes toma de la realidad hechos y aun nombres, y a las veces no

se impone el trabajo de trocarlos por otros." Son muchísimas, en este respecto, las ilustraciones del señor Rodríguez Marín que incluyen singulares hallazgos descubiertos en los archivos de protocolos, y, sobre todo, en el Histórico Nacional. Nadie con preparación tan acabada como el señor Rodríguez Marín para realizar su empresa. El propósito de llevarla a cabo constituyó el pensamiento capital de la mayor parte de su vida. Estas preciosas, puntuales y claras anotaciones que leemos ahora con provechoso deleite ocuparon el pensamiento del comentador por espacio de veinte años, acaso sin dejar en claro ni siquiera un solo día de su vida.

La tarea, aunque algo allanada por anteriores ilustradores del libro magno, exigió al autor toda una larga serie de trabajos, de que no pueden formarse idea los partidarios de la literatura fácil. El señor Rodríguez Marín ha leído, o, más bien, estudiado, las más de las obras literarias impresas o manuscritas inmediatamente anteriores a la época de Cervantes y las contemporáneas a la época del mismo; ha escudriñado documentos en archivos oficiales y particulares, y ha recorrido muchos de los lugares donde Cervantes coloca las escenas de su libro.

Si, a imitación de algunos autores de libros eruditos antiguos y modernos, el ilustre editor del *Quijote* hubiera hecho mención aparte de todos los libros y documentos en que fundamenta sus juicios, siempre atinados y lucidos, su obra habría necesitado, cuando menos, otro volumen suplementario. Algún lector entusiasta del Príncipe de los Ingenios, o de los muchos con que cuenta su nuevo comentador, se encargará de formar un índice analítico de su trabajo, que será de tanto provecho a los estudiosos como el formado por míster Bradford de los comentarios de Clemencín.

Versado como pocos o ninguno de nuestros contemporáneos en el conocimiento de la literatura popular española, ha podido apreciar y señalar en el libro maestro ese elemento poderoso, el cual aparece a cada instante en las páginas del *Quijote*, que es también el libro popular por excelencia de nuestra literatura.

Más de treinta años van pasados desde que el señor Rodríguez Marín publicó en Sevilla su preciosa colección de *Cantos populares españoles*. Fué la primera que vió la luz entre nosotros, aparte de otra reducida que publicó el señor Lafuente Alcántara años antes de 1870. Esa colección, copiosamente acrecentada e ilustrada por el comentador de CERVANTES, la dará pronto a la estampa la Academia Española, como custodiadora de todas las riquezas del habla popular. La misma Academia publicará también el repertorio más extenso de refranes españoles, ordenados y explicados, fruto también del entrañable cariño que el señor Rodríguez Marín profesa al lenguaje y al saber del pueblo.

Este vasto y profundo conocimiento del espíritu y del habla populares debe considerarse como la mejor preparación para informarnos de los lugares menos diáfanos del *Quijote*. A CERVANTES apasionaron siempre los tipos más pintorescos de nuestro pueblo, incluyendo a las gentes de vida irregular y pecaminosa, como lo demuestran algunas de sus *Novelas ejemplares*. Todo lo popular de la prosa del inmortal autor se encuentra incluído en sus obras, y no es lo que menos las avalora.

La amenidad persuasiva con que el comentarista sabe comunicarnos las muchas cosas que sabe, gran parte de entre ellas aprendidas al cabo de investigaciones dilatadas, es otra de las cualidades meritorias que deben consignarse cuando del competente académico se habla. Cuando se trata de hallazgos lite-

rarios ignorados, hubo siempre eruditos a granel, y también los hay ahora, incapaces de echar a un lado la hinchazón y torvo gesto con que vienen a enriquecer el caudal de los conocimientos allegados. Por fortuna para él, y también para sus lectores, el comentador del *Quijote* se expresa siempre con amabilidad encantadora y exquisita, sin ofensa de ignorantes ni de sabios. Cuantas objeciones y reparos presenta el señor Rodríguez Marín en sus notas a los que le precedieron en la tarea, formuladas están en cortés estilo y no hay para qué añadir que en impecable forma castellana, digna de la obra comentada.

....

Hablar concreta y determinadamente de las ilustraciones que el señor Rodríguez Marín ha compuesto para su edición del *Quijote,* que Mariano de Cávia llamó *magna* sin ninguna demasía en el empleo del vocablo, merece capítulo aparte.

Al lector más exigente, y hasta al lector *técnico* que hasta ahora desconozca aquéllas, puede anticipársele que todas son interesantes, curiosas, instructivas, amenas, pertinentes y necesarias; sobre todo, necesarias. Estas dos últimas cualidades son de una importancia suprema desde que existen comentaristas en el mundo. Editores hubo de *El Ingenioso Hidalgo* en nuestra patria que excedieron las medidas en lo de explicar y amplificar cosas que ninguno de ambos trabajos merecían. El señor Rodríguez Marín es la antítesis más perfecta y acabada de esos copiosos escoliastas.

V

Don Eduardo Juliá Martínez (*El Universo*, 12 y 18 de enero de 1917):

....

Me place más, mucho más, la labor del cronista que la del crítico; así que, al verme requerido para dar noticia de la nueva obra, voy a intentar hacer una reseña de lo que he leído, para que el culto lector o lectora pueda darse cuenta del carácter de la nueva edición del libro español por excelencia: mis flacas fuerza no permiten más. Y hago especial mención de las lectoras, porque el señor Rodríguez Marín, a más de haber leído lo que pocos y de haber encontrado en los archivos lo que muchos desearan, es un poeta, y en sus obras de erudición no abandona la amenidad; así que, tratando de ciencias, escribe arte; amigas del arte son todas las lectoras; por tanto, la obra de que trato les interesa o debe interesarles mucho.

La amenidad nace, en primer término, del subjetivismo que campea en las notas del nuevo comentador. Este subjetivismo nos hace ver en el comentarista a un amigo que asiste a nuestra lectura y nos va asesorando con sus vastos conocimientos, para que entendamos lo que nos pudiera resultar oscuro. Con la lectura de las notas del *Quijote* se advierten las simpatías, las preocupaciones, la intimidad del señor Rodríguez Marín. Con la lectura de estas notas aparece ante nosotros aquella criada que enseñó al maestro *la mitad del folklore* que sabe, y entablamos relaciones de amistad respetuosa y tierna con aquel sacerdote de la enseñanza que se llamaba don José Rodríguez-Buzón, a quien el sabio director de la Biblioteca Nacional nos presenta en la nota 24 de la página 233

del tomo V, declarándose discípulo de las primeras letras agradecido y cariñoso. Con la lectura de estas notas, en fin, vemos dibujar con sonrisa burlona, para solazarnos con sus gracias o para demostrar una idiosincrasia poco envidiable, a algunos amigos y conocidos del escritor, que con sus chanzas o necedades hicieron un comentario entretenido del texto inmortal cada vez más admirado.

Y, a la par que este subjetivismo, observamos como carácter general del comentario lo abundante de la lectura preparatoria que el comentador ha hecho, lo cual nos recuerda el elogio que el maestro Menéndez y Pelayo hacía de él en los *Orígenes de la Novela,* al señalarlo como su ayuda eficaz, por ser uno de los que más y mejor conocen la literatura española de los siglos XVI y XVII.

Pero, si pretendemos prescindir de generalizaciones, a fin de ver la labor de la nueva crítica de una manera más metódica y particular, habremos de pedir a la memoria lo que el propio anotador recordó en el prólogo de su edición de *Clásicos Castellanos,* que ha sido recordado en esta misma edición de ahora, al reproducir en ella el mencionado prólogo. Al saludar don Marcelino Menéndez y Pelayo como nuevo académico de la Española a don Francisco Rodríguez Marín, dijo: "Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren: luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura, y explique la génesis de la obra, y aclare todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida tan animada y compleja que CERVANTES refleja en sus libros. Grandes nombres son los de Bowle y Clemencín; meritorios en extremo y no superados hasta ahora sus comentarios del *Quijote;* grande es todavía la utilidad que prestan, y todo comentario futuro tendrá que

absorber lo que hay en ellos de excelente y provechoso."

....

A pesar de las dificultades, llenaríamos unas cuantas líneas con la mención escueta de las notas que a la génesis literaria del *Quijote* se refieren. Citaremos nada más las siguientes: I, 145, 16; 176, 2 y II, 85, 5, en donde se habla de la influencia que en varias partes de la obra cervantina ejerció la rarísima obra *La quarta parte de don Clarian, en la qual se trata de los grandes hechos de Lidaman de Ganayl,* que, como dice el ilustre Director de la Nacional, parece que no ha sido conocida por ningún cervantista antes que por él; I, 341, 5, donde se señala la influencia de Ovidio y Virgilio en el elogio de la *edad de oro;* I, 409, 2, en que se estudia la analogía del verso

"Salgan con la doliente ánima fuera..."

con otro de Garcilaso, del que deriva; II, 79, 1, en que se examina el hecho real de la traslación del cadáver de San Juan de la Cruz desde Úbeda a Segovia, como fundamento de la aventura del cuerpo muerto, en el cap. XIX de la primera parte; IV, 320, 23, donde sospecha el comentador que el don Diego de Miranda que nombra CERVANTES debe de ser un amigo del poeta Barahona de Soto, y no el personaje que creía el benemérito don Cristóbal Pérez Pastor; y, para terminar, V, 33, 3, en que se sostiene que una tradición del pueblo de Alconchel, partido judicial de Belmonte, pudo ser el origen de la aventura del *rebuzno,* que se cuenta en el cap. XXV de la segunda parte. Todo ello, salvo otras notas que defienden teorías originales, y muchas más que recogen investigaciones debidas a otros autores.

....

¿Qué habremos de deducir de lo dicho? ¿Se creerá que el señor Rodríguez Marín no ha sido más que el

mero ejecutor de un programa trazado por Menéndez y Pelayo? Discípulo de su antecesor en la dirección de la Biblioteca Nacional se llama el moderno crítico; pero si, por modestia, al copiar el párrafo en que su maestro habló del comentario que había de hacerse del *Quijote*, hizo punto final en donde creyó oportuno, nosotros hemos de seguir copiando hasta un poco más adelante para aclarar el verdadero concepto que la edición debe inspirar. Cuando don Marcelino Menéndez y Pelayo, tan repetidamente nombrado por nosotros, saludaba a don Francisco Rodríguez Marín como nuevo académico, dijo: "El que quiera aprender prácticamente cómo se debe comentar a CERVANTES, lea y medite la edición crítica que el señor Rodríguez Marín ha hecho de *Rinconete y Cortadillo*, aplique el mismo método a otra novela, a otro capítulo cualquiera del manco inmortal, y no será pequeño su triunfo si logra hacer algo semejante. Una obra comentada de esta suerte parece que adquiere segunda juventud y que se baña de nuevo en los reflejos de la imaginación creadora."

....

VI

M. R. Foulché-Delbosc (*Revue Hispanique*, París, febrero de 1917):

....

M. Rodríguez Marín, s'était en quelque sorte fait la main en publiant en 1911-1913 une petite édition annotée du *Don Quichotte*, —je dis petite uniquement pour la distinguer de la grande, qui paraît maintenant et qui représente quinze années de recherches et d'efforts à peu près constants. Le bachelier Sansón Carrasco a dit que l'histoire de *Don Quichotte* "es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella:

los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran". Le bon bachelier n'a pas affirmé qu'il en serait toujours ainsi, et bien des passages qui furent probablement d'une clarté parfaite pour les contemporains de l'auteur, s'entendent moins bien aujourd'hui, ou ne s'entendent plus, ou même s'entendent de travers, ce qui est bien le pire malheur qui puisse arriver à un livre. Quelle est l'œuvre littéraire du XVIe ou du XVIIe siècle que n'a pas besoin d'un commentaire? On a édité ou réédité beaucoup de textes depuis quelques années: un jour viendra —souhaitons-le prochain— où l'on commentera ce que l'on a publié. Pour le *Don Quichotte,* c'est chose commencé depuis longtemps. Il n'en pouvait être autrement: d'une part, l'œuvre a acquis une célébrité universelle, d'autre part elle est parfois d'une interprétation quelque peu malaisée: "nadie que tenga buen juicio y hable con sinceridad —dit avec raison M. Rodríguez Marín— dejará de conocer que en el *Quijote,* más que en cualquier otro libro de su tiempo y de su clase, abundan los lugares oscuros para los lectores de hoy, lo uno, por el lenguaje, que data de ha tres siglos, y a veces, de tiempo aún más remoto, en razón de las frecuentes imitaciones de los libros de caballerías; y lo otro, por las incesantes alusiones a personas, sucesos, trajes, armas y costumbres de otras calendas"; et "A aumentar las dificultades que ofrece el entender en todos casos el texto del *Quijote* contribuye también muy mucho el desaliño con que de ordinario escribía su autor, descuidado siempre de volver sobre lo hecho para corregirlo y pulimentarlo."

....

Les notes, remarques et observations de toute sorte qui s'accumulent depuis plus d'un siècle autour de l'œuvre de CERVANTES forment un amas imposant où

tout nouvel éditeur est obligé d'aller choisir quelques matériaux. M. Rodríguez Marín ne manque jamais de reconnaître ce qu'il doit à ses devanciers; il n'est que juste de constater que sa nouvelle édition contient un apport personnel des plus considérables: à côte d'un texte établi et ponctué d'une manière toujours ou presque toujours judicieuse, le commentaire contient bien des éclaircissements et nombre d'ingénieuses interprétations. Si, sur plus d'un point, on peut différer d'opinion, si, çà et là, on peut relever de legères erreurs ou omissions —et comment en serait-il autrement dans une œuvre d'une pareille étendue?—, il est non moins certain que la nouvelle édition constitue un progrès des plus appréciables sur tout ce que nous avions jusqu'ici et qu'elle placerait son auteur, s'il n'y était déjà depuis longtemps, au premier rang de ceux qui ont le plus fait pour la connaissance intelligente du *Don Quichotte.*

....

VII

Don José Gómez Ocaña (*La Correspondencia de España,* 6 de marzo de 1917):

Don Francisco Rodríguez Marín ha empleado las tres cuartas partes de lo mejor de su vida en leer papeles añejos en los archivos, y libros nuevos o viejos en cuantas librerías tuvo a su alcance. Y como suele suceder que el buen apetito responde a un estómago robusto, tras el lector copioso se halla casi siempre un cerebro bien provisto de registros conmemorativos.

Don Francisco es miope y usa lentes para ver de lejos; y con ellos apoyados en la corva y queve-

desca nariz, ha visto muchas personas y fué testigo de innumerables sucesos, en la cuarta parte de su vida que le dejaron libre los libros y manuscritos. De él no se puede decir, como de aquel príncipe, que todo lo aprendió en los libros, sino que completó el caudal de sus conocimientos huroneando por todos los rincones de la metrópoli andaluza, sin que se le escaparan las artes del pícaro, la natural socarronería de los rústicos, el grave y somnoliento enjuiciar de los hidalgos, las verduras de los rufianes y el ingenio, llamémosle así, de los políticos. Desde las canciones de las aceituneras de moreno rostro y zagalejo encarnado hasta los discursos de los ediles sevillanos, todo lo escuchó atento el futuro académico, y encasillado y presto a servirle quedó en los felices registros de su memoria.

Mas no basta la erudición: hacen falta el talento, la gracia, el punto para aprovechar y lucir lo que se sabe, y aquí está mi buen amigo obligado a dar gracias al Hacedor, tanto por el entendimiento como por la memoria. Cuando entre ésta y aquél se logra convertir en propios los conocimientos ajenos, la producción literaria resulta con todas las apariencias de la originalidad, como si las ideas se exhibieran en el mundo por primera vez. Puede un ingenio como el del autor de la edición crítica de *Rinconete y Cortadillo* vivir en Sevilla a fines del siglo XIX y pasar revista, como si los tuviera delante, a los sucesos que ocurrieron a fines del XVI. Las generaciones pasadas viven en los documentos que se guardan en los archivos, y ha sido la pluma de Rodríguez Marín quien las ha resucitado en sus libros, la mayoría de ellos destinados a ilustrar la vida y las obras del Príncipe de los Ingenios. Porque éste cosechó desde niño, a semejanza de su futuro panegirista, cuanto vieron o leyeron sus ojos, hasta *los papeles viejos encontrados*

en la calle; pero la madurez de su ingenio la logró en Andalucía, y andaluzas son sus inmortales obras: la mayoría de sus *Novelas ejemplares* y la primera parte del *Quijote.*

También presumo que en la magnífica edición crítica de *El Ingenioso Hidalgo,* a la cual se ha puesto el colofón pocos días ha, prodigó Rodríguez Marín la flor de su ingenio, así como en las notas empleó la mayor parte del caudal de su erudición. Todo ello, dorado con el calor de su inventiva, de tan subidos quilates, que ha sabido dar novedad a la crítica cervantina y quijotesca, tan abundante y varia, que ya llega a cansar a los más aficionados. Volviera al mundo Cervantes y retrocedería aterrado de la bibliografía a que dió ocasión; mas si algunos libros le acompañaran a su vuelta a la mansión de los justos, seguro que se encontrara entre ellos el que me mueve a borronear las presentes cuartillas.

Y con ser la novedad el más exquisito mérito de la nueva edición crítica del *Quijote,* aún tenemos que apuntar otro que no le va en zaga. El curioso que lea con atención las notas no sólo aprenderá muchas cosas del libro divino, de la suerte de su autor y de la época en que vivió, sino que verá reflejada en la crítica del *Quijote* la de otros muchos libros y autores; desde luego las principales figuras de nuestro siglo de oro, amén de los de primera nota en el habla castellana, desde que se remontó el cohete en la época de don Juan II de Trastamara hasta que decayó al ras del suelo en las postrimerías de don Carlos II de Austria. En el intermedio de estos dos reinados contamos a los Reyes Católicos, a Carlos V y Felipe II, al bachiller Fernando de Rojas, a Juan de Mena, al Marqués de Santillana, a Mateo Alemán, a Cervantes, a Lope, Quevedo, etc., etc., y de todas estas grandezas, políticas y literarias, se dan acertadas y

no vulgares noticias en las notas que ilustran la citada edición crítica. Y ¿qué decir de la gracia fina sevillana, a las veces irónica y juguetona, en ocasiones con dejos melancólicos, que se prodiga en las páginas de los seis voluminosos tomos que componen la obra?...

Mucho han escrito los cervantistas mejor calificados y los literatos de buen paladar en elogio de la obra mayor del Director de la Biblioteca Nacional; mi afición al *Quijote*, la devoción que tengo a CERVANTES y la entrañable amistad que me une a Rodríguez Marín justifican que yo eche también mi cuarto a espadas y sume mi voto de lector satisfecho al juicio de las autoridades.

VIII

Don Narciso Alonso Cortés (*A B C*, 12 de marzo de 1917):

Acaso, andando los tiempos, los analistas cervantinos no necesiten derrochar las alabanzas cuando recuerden los actos y solemnidades con que se celebró el tercer Centenario de la muerte del gran español, que presentarán velado por las brumas de una guerra espantosa; pero señalarán a lo menos un hecho que basta por sí solo para suplir cuantas deficiencias, voluntarias u obligadas, puedan encontrarse en fecha tan memorable: la publicación del *Quijote* con el comentario de Rodríguez Marín.

Los buenos amigos de las letras acaban de saborear el tomo quinto y penúltimo de esta notabilísima edición, que, tanto por el irreprochable cuidado del texto como por la novedad y certeza de las ilustraciones, colma las medidas al más exigente.

No hace mucho tiempo, y con motivo del *Quijote*

publicado por Rodríguez Marín en la colección de *Clásicos Castellanos,* escribía yo algo que tiene aquí cabal aplicación. "Aunque parezca hiperbólico —decía— puede afirmarse que hasta el presente momento, y transcurridos tres siglos desde la aparición del *Quijote,* no contábamos con una edición que permitiera leer el gran libro en toda su verdad y con provecho positivo. El curioso que, con ánimo de conocerle en su lección auténtica, acudía a las primeras ediciones, tropezaba con no pocas erratas y con las dificultades inherentes a una puntuación bien diferente de la actual; quien, deseoso de ver puestos en claro alusiones y giros de difícil inteligencia, echaba mano de una edición comentada, exponíase a no conseguir siempre aquel propósito y a dar por ciertas erróneas interpretaciones. No quiere decir esto que no tuviera el *Quijote* beneméritos comentadores —Bowle y Clemencín, con todos sus defectos, serán siempre dignos de consideración—; pero, no obstante, faltaba aún mucho para recorrer el camino, y para recorrerle con pie firme y seguro. El llevar a cabo esta empresa era punto menos que imposible. Se necesitaba para ello un hombre que durante largos años hubiera estudiado profundamente a nuestros clásicos, que conociera los mil rincones y caprichosos recovecos de nuestra lengua, que fuera capaz de descifrar ocultas y veladas alusiones. Este hombre ha sido el insigne Rodríguez Marín, que si en el ameno jardín de la poesía cultivó flores de aroma sin igual, en los extensos campos de la historia literaria supo ahondar con labor asombrosa, haciéndoles producir frutos por nadie conseguidos."

La edición de *Clásicos Castellanos,* como dice el propio Rodríguez Marín, fué algo así como heraldo de la que ahora se está publicando: calcúlese lo que de ésta se podrá decir.

Observa con razón Rodríguez Marín, rechazando una opinión muy extendida, que "en el *Quijote*, más que en cualquier otro libro de su tiempo y de su clase, abundan los lugares obscuros para los lectores de hoy: lo uno, por el lenguaje, que data de ha tres siglos, y, a veces, de tiempo aún más remoto, en razón de las frecuentes imitaciones de los libros de caballerías; y lo otro, por las incesantes alusiones a personas, sucesos, trajes, armas y costumbres de otras calendas". Así se explica que desde que comenzó a darse alguna importancia a la crítica literaria, el *Quijote* haya sido objeto de diferentes comentarios.

Para su edición, Rodríguez Marín sigue el texto de la príncipe, que es la que, lógicamente pensando, se ajusta más al manuscrito original. Rarísima vez, y sólo por motivos muy fundados, se aparta de ella, atento al principio de rechazar toda enmienda cuando hay la menor presunción de que CERVANTES pudiera escribirlo como aparece en la primera impresión de Juan de la Cuesta. Restablece, en cambio, la puntuación exacta, totalmente necesaria, para que muchas cláusulas y pasajes no se presten a equivocadas interpretaciones.

Otra plausible novedad llevada por Rodríguez Marín a su comentario es la de comparar el texto español, cuando ello es necesario, con las traducciones francesas de César Oudin (1614) y F. de Rosset (1618), y la italiana de Lorenzo Franciosini (1622 y 1625). Estos traductores tenían un conocimiento positivo de nuestro idioma, y por este motivo la interpretación que dan en ocasiones a ciertos giros y frases puede servir de indicio muy seguro para su más cabal inteligencia.

Innecesario es decir, tratándose de un trabajo de Rodríguez Marín, que la amenidad campea aun en

aquellos lugares donde menos podía esperarse. Y, por de contado, todas las notas son oportunas, pertinentes y producto de la más sana y jugosa erudición. Va siendo hoy un lugar común el hablar contra la erudición y los eruditos, como si éstos fuesen unos seres raros y aquélla una ocupación reprobable y nefanda. Razón habría para ello si los tales eruditos fuesen como ciertas personas se los figuran: unos señores hoscos y lúgubres, que viven entre telarañas y legajos viejos, que escriben en una prosa amazacotada y son insensibles a los más vivos estímulos de la belleza. Pero, lejos de ser así, ocurre que en la mayor parte de los casos los eruditos son unos sujetos que en nada se diferencian de los otros (aunque algo menos egoístas que los demás mortales), que sienten la poesía como el que más y que, si quisieran, podrían escribir muy lindas e inútiles divagaciones.

Es cosa particular ésta que sucede. Hay un individuo que se ocupa en estudiar las funciones abelianas o en explanar el concepto filosófico de la guerra, y a nadie se le ocurre sino admirar su talento y su sapiencia; se dedica otro a los llamados trabajos de erudición —como si aquéllos no lo fueran también—, y lo menos que hacen los censores es decir que pierde el tiempo lastimosamente. Es también curioso que algunos de los que hablan mal de la erudición sean verdaderos eruditos, y de mucha valía; otros, los más, renuncian a serlo, por aquello que decía la zorra: *están verdes*.

Pero ¿y qué decir de un caso como el de Rodríguez Marín, poeta exquisito, narrador sin igual, conocedor perfecto de los misterios de la lengua castellana? En Rodríguez Marín, la erudición está fecundada por el soplo vivificador de la poesía, y participa de esa delicadeza, de esa flexibilidad propia solamente de los

espíritus privilegiados. Es preciso, para conocer cabalmente la personalidad literaria de Rodríguez Marín, tender la mirada por sus setenta y tantos libros y meditar un poco, no ya sobre su laboriosidad incansable, que es mérito secundario, sino sobre la variedad sorprendente de sus aptitudes.

Las notas puestas por Rodríguez Marín al *Quijote* son, en términos generales, de dos clases: unas que pudiéramos llamar *lexicológicas;* otras, *informativas.* El estudio hondo de los clásicos, durante muchos años no interrumpido, permite a Rodríguez Marín poner en claro cuanto al léxico se refiere, mediante la abundante copia de autoridades del siglo de oro. En cuanto al esclarecimiento de alusiones ocultas y de referencias a usos y costumbres de época, Rodríguez Marín aporta infinidad de noticias a cuál más interesantes.

Rindamos, pues, en estas líneas un homenaje de admiración y respeto al eximio escritor encanecido en el trabajo, gala y prez de su solar andaluz. Yo, siempre que evoco la figura de Rodríguez Marín, me le represento, no en el confuso laberinto de la corte, sino en su rinconcito de Osuna o en su alegre morada de Sevilla, *absorbiendo* el espíritu histórico-literario de la raza y deleitándose en él. ¿Quién sabe si el mismo Rodríguez Marín se trasladará allí con la imaginación mientras deja espaciar su pluma en páginas bellas y sustanciosas?

IX

Don Ángel Salcedo Ruiz (*Diario de Barcelona*, 19 de marzo de 1917):

Ya poseemos el sexto y último tomo de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, com-*

puesto por Miguel de Cervantes Saavedra, Edición crítica anotada por Francisco Rodríguez Marín, individuo de número de la Real Academia Española y director de la Biblioteca Nacional. Son seis hermosos volúmenes de más de quinientas páginas, y, como ha escrito don Agustín G. de Amezúa (*El Siglo Futuro*, 22 de marzo de 1916), "de presentación externa o material bella en extremo: los tipos, grandes, claros, limpios y espaciados, no darán, como tantos otros libros, larga y segura cosecha de clientes a los oculistas; el papel, fabricado *ad hoc*, recio, duradero y blanco, sin los molestos reflejos del satinado; el tamaño, manuable y simpático..." Todo lo ha preparado y personalmente dirigido el señor Rodríguez Marín; él mandó fabricar el papel, escogió los tipos, ha corregido una y mil veces las pruebas, se ha entendido directamente con el público para la venta. Nada de intermediarios. ¡Abajo el editor, y casi el librero! Los amigos y los aficionados a este género de bellas letras, o a parecerlo, han respondido. La suscripción, dentro de las condiciones de nuestro modesto comercio de librería, ha sido copiosa: muchos han ido dando con gusto las diez pesetas correspondientes a cada volumen, y ahora se encuentran por sesenta con una obra *que viste*, según el *argot* corriente, en cualquier biblioteca; que honra realmente a quien la posee.

El talento, el buen gusto, el ingenio fino, sagaz, penetrante y regocijado de Rodríguez Marín, su perseverancia en el trabajo, hija de la más desinteresada y noble afición a la bella literatura, y singularmente a la castiza y gloriosa castellana del Siglo de Oro y, dentro de ese vastísimo y riquísimo término, a CERVANTES, que es su más alta cumbre y su heredad más pingüe y de más variada y dilatada perspectiva; la ciencia de aquel siglo que ha atesorado, sacándola

no sólo de libros y manuscritos literarios, sino de los documentos de la vida civil guardados en los prosaicos y áridos archivos notariales y en el gran archivo pintoresco y poético del pueblo andaluz, que la conserva en sus cantares, en sus adagios, en sus dichos y en sus maneras de hablar; su amenidad en el decir, sus virtudes dulces, risueñas y atractivas de hombre del Renacimiento; todas las cualidades y todos los méritos, en suma, que enaltecen a este poeta-erudito, a este clásico-popular, a este incansable rebuscador del dato histórico en papeles viejos, y a la vez delicioso autor de madrigales, justifican cumplidamente el éxito de la edición crítica y anotada del *Quijote*.

En 1899 inicia Rodríguez Marín sus publicaciones cervantinas con el estudio histórico-literario *Cervantes y la Universidad de Osuna*, incluído en el *Homenaje a Menéndez y Pelayo*. De 1901 es *El Loaysa de "El Celoso Extremeño"*. Apenas concluída su impresión, en octubre del mismo año, empieza a preparar una edición comentada de las *Novelas ejemplares*, con ánimo de publicarla en 1905; salíanle al paso muchas noticias útiles y sabrosas para comentar el *Quijote*. La enfermedad que le acometió en 1902 se agravó en 1903 y en 1904 hizo necesaria una delicada operación quirúrgica; suspendió aquellos trabajos; pero con el fruto ya recogido hubo de sobra para los libros, discursos y opúsculos de 1905: *Cervantes estudió en Sevilla*, *En qué cárcel se engendró el "Quijote"*, *Cervantes en Andalucía* y *Rinconete y Cortadillo, edición crítica*, premiada con medalla de oro por la Real Academia Española.

El 27 de octubre de 1907 ingresaba Rodríguez Marín en la Real Academia Española, y Menéndez y Pelayo, en uno de los más bellos discursos que es-

cribió en su vida, decía: "A este gran cervantista sin superstición ni exclusivismo deben la vida y las obras del mayor ingenio nacional, no frenéticos ditirambos ni interpretaciones simbólicas y mistagógicas, sino documentos nuevos y, lo que vale más, un arte nuevo para leerlos." Ensalzaba después las pesquisas de archivo, enriquecedoras del *cartulario cervantino,* y añadía: "Pero todo esto queda en la modesta penumbra de la investigación documental, que otros hacen tan bien como él. Lo que traspasa sus límites, lo que entra con pleno derecho en la literatura crítica, y aun en la literatura creadora, son los dos hermosos libros en que Rodríguez Marín ha puesto a dos de las mejores novelas de CERVANTES (*El Celoso Extremeño* y el *Rinconete*) un digno marco de ellas. El día que todas estén comentadas de la misma suerte y el comentario se extienda al *Quijote,* lo cual ya no es empeño de un hombre solo, sino campo de estudio para una generación entera de eruditos educada con todo el rigor del método filológico e histórico, los estudios cervantinos habrán dado un paso decisivo: entonces tendrán consistencia científica, y en ella se estrellarán todas las paradojas de la imaginación desaforada."

¿Es esta edición crítica y anotada del *Quijote* la que deseaba Menéndez y Pelayo con un comentario correspondiente al de *Rinconete y Cortadillo* y, en parte, al de *El Celoso Extremeño?* ¿Ha realizado Rodríguez Marín por sí solo lo que el difunto maestro juzgaba "campo de estudio para una generación entera de sabios eruditos"? Conviene advertir que las notas puestas en el nuevo libro no son la obra de un individuo, ni aun de una generación de comentadores, sino de todas las generaciones de cervantistas que se han ido sucediendo en el esclarecimiento de la novela inmortal. Conocedor profundo, no sólo de

CERVANTES y su tiempo, sino de la cervantología antigua y moderna, nacional y extranjera, ha visto y revisado cuanto se ha escrito en este orden, depurándolo en el crisol de su crítica, ilustrada por los hallazgos de todos los investigadores, incluso él mismo, y contrastándolo con su perfeccionado método. Seguramente que Rodríguez Marín no hubiera podido escribir estos comentos y notas si hubiese sido contemporáneo de lord Carteret y de Mayáns, o de Clemencín, o de Hartzenbusch: es el fruto que nace a su tiempo.

Aun así, ¿cabe proclamar esta obra por la definitiva e insuperable en orden a esclarecer y comentar el *Quijote?* Pero ¿hay algo insuperable y definitivo en las cosas y estudios humanos? ¿Pueden llegar nunca el análisis y crítica en el campo de las letras a dar a proposiciones y juicios una consistencia científica suficiente para que la imaginación no haga de las suyas, y aun para que el entendimiento no encuentre nuevos e inesperados puntos de vista, o descubra relaciones y aspectos insospechados antes? Realmente, la crítica de una obra o de un autor sólo queda petrificada, o se hace definitiva, que viene a ser lo mismo, cuando la obra y el autor mueren de veras, esto es, cuando ya no es leída aquélla sino por algunos individuos; cuando ya éste no despierta interés en el público grande, ni en el chico, pero más autorizado, activo y agitado de los literatos. Así sucede con *La Galatea* y otras obras de CERVANTES; en vano ha intentado *Azorín* poner el *Persiles* en el plano de las discusiones vivas. Todo indica, sin embargo, que el *Quijote* está muy lejos de ese momento, el cual, probablemente, nunca llegará para él. No lo leerá la masa común, como no lee los poemas homéricos, ni la *Divina Comedia,* ni aun nada un poco antiguo; el gran público es siempre

modernista; en el leer, como en el vestir, impera la última moda; pero los cultos relativos y los simples aficionados gustarán siempre de que los entendidos les hablen de CERVANTES y del *Quijote,* que se lo interpreten y comenten de mil modos diversos, y los realmente cultos lo leerán muchas veces, y a fuerza de leerle y releerle descubrirán o creerán descubrir en su texto lo que nadie había sospechado antes que ellos. De aquí la discusión perenne y el perpetuo renovamiento de los comentarios.

Lo indudable, a nuestro juicio, es que las notas de Rodríguez Marín son las mejores que pueden hacerse en el momento actual. Y que sólo Rodríguez Marín es capaz de haberlas hecho, por su ciencia filológica e histórica, por su talento y buen gusto y por su fina perspicacia crítica de humanista del Renacimiento en contacto directo con el pueblo.
....

X

Don Francisco Morán (*El Debate,* 4 de abril de 1917):

Acaba de publicarse el tomo sexto y último de la edición crítica del *Quijote,* anotada por Rodríguez Marín.

El ilustre cervantista había fijado, hace pocos años, en su edición de *Clásicos castellanos,* el verdadero texto cervantino de la famosa novela, limpiándolo de erratas, con que ya salió a luz a principios del siglo XVII, enmendando muchos lugares viciados con que había corrido impreso después, y autorizando siempre, con razonadas notas, las variantes que introducía.

Ahora, en la edición última, acompañan al texto,

restituído a mayor pureza, si cabe, cuantos comentarios contribuyen a entenderlo clara y rectamente y a lograr su exacto sentido, comparando sus voces y frases con las de otras obras de CERVANTES o de su tiempo, notando las imitaciones y señalando y aclarando las muchas alusiones que contiene la obra inmortal; no dejando, en fin, palabra, giro ni referencia dudosa sin interpretación segura, o sin el laudable intento, al menos, de encontrarla.

No era fácil esa tarea. El *Quijote* es un libro viejo. Muchas cosas de su mundo pasaron para siempre. Costumbres, sucesos, libros a que alude, son, en gran parte, desconocidos. El tiempo oscurece o borra el más señalado dibujo. Además, el *Quijote* ha tenido, como pocas obras, el privilegio de acalorar lectores y lanzar a muchos a interpretaciones torcidas. Los mil comentarios, algunos de mérito, de que ha sido objeto, resultaban insuficientes.

Para realizar el señor Rodríguez Marín su enorme trabajo (del que, con razón, se dice estos días que es el mejor homenaje dedicado a CERVANTES en el tercer centenario de su muerte) de esclarecer el libro prodigioso al través del velo de sus arcaísmos, ha dispuesto el insigne comentarista de medios proporcionados a la empresa: lectura inmensa de libros y manuscritos de los siglos XVI y XVII; rara paciencia y sagacidad para escudriñarlos y entenderlos; afición y gusto adecuados para impresionarse por su lectura y recordarla; olfato finísimo para rastrear noticias preciosas; vista y destreza para atar cabos y enlazar conjeturas, cuando sólo por éstas ha podido guiarse, y fantasía tan viva como se requiere para imaginar y reproducir la vida exacta de tiempos lejanos. Con estas cualidades ha podido moverse, con seguridad pasmosa, allí donde los más anduvieron a tientas y vacilantes. Con estas cualidades,

y, sobre todo, por una penetración clarividente para guiarse en ocasiones entre sombras, y por un extraño poder para conjurar y reunir restos desparramados. Se pondera en Rodríguez Marín lo mucho que sabe. Más debiera, acaso, admirarse la virtud, realmente creadora y poética, con que ha procedido en muchas de sus investigaciones. Ejemplo: las páginas admirables de estudios como los de *Luis Barahona de Soto* y *Pedro Espinosa,* en las cuales, sin dar paso en falso, construye con fragmentos, anima polvo de sepulcros y restituye la vida por indicios.

De estos méritos de comentador de obras antiguas había dado el señor Rodríguez Marín brillantes muestras. Todo elogio resulta pequeño para encarecer como se debe las insuperables ediciones de *Rinconete* y *El Celoso Extremeño.*

La edición actual del *Quijote* es hermana de las de otras obras cervantinas: fruto sazonado del gran ingenio y de la vocación de toda la vida del autor.

XI

Don José Ortega Munilla (*El Día,* 26 de abril de 1917):

....

En esto, comenzaron los oficios fúnebres. Había entrado en el templo don Antonio Maura, el ilustre director de la Academia Española. Le seguimos y ocupamos los asientos bancales. Sonaba el canto conventual. Todo era allí humilde. No había orquesta, no había capilla. Las pobres monjitas salmodiaban los cantos penitenciales, y un ronco armonio les daba la nota inicial. Estábamos solos. Los funerales del Ingenio Nacional se verificaban en el misterio. Unos

cuantos académicos, un obispo, nuestro correspondiente mejicano el reverendo mitrado de San Luis de Potosí, tres viejos literatos, constantes amadores de las letras castizas, media docena de damas..., y nadie más.

Experimenté el dolor del abandono... En la calle se oía el grito de los vendedores, el vocear de los muchachos que jugaban, el ir y venir de las gentes. La vida circulaba en torno... Todo revelaba el olvido de la fecha que allí unos cuantos conmemorábamos... Y, en la divagación de mi tristeza, imaginé que no estábamos en España, sino en alguna lejana tierra en que no se hablara nuestro idioma... Tal vez era aquello una solemnidad celebrada por extranjeros en país ajeno y hostil. En verdad, nos sentimos rodeados de algo peor que el odio: la indiferencia.

Y así se ha recordado este año la hora en que MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA pasó a un mundo mejor.

Al volver a mi rincón de literato quise buscar una manera de indemnizarme de la amargura que había sentido. Sobre el bufete esperaba hallar mi libro, el que me cura en la tristeza, el que me alienta en la desconfianza, el que me anima en la desesperación... No, no estaba allí. Otros volúmenes ocupaban el lugar del mío... ¿Será —pensé— que ha llegado hasta este recinto de mis amores la ola brutal de la indiferencia?...

Pero apenas levanté la tapa del primero de aquellos cuerpos vi que la pena que invadía mi alma iba a ser sustituída por el regocijo. Porque nada importa que la muchedumbre se aparte de una religión si en su altar supremo está prosternado un sumo sacerdote. Sus oraciones conservarán el culto y le harán inmortal. Luego aumentará el número de los fieles.

Y los descreídos de ahora serán los mayores devotos de mañana.

Hay, sin duda, en esta etapa de olvido de Cervantes, que ha hecho posible que no se celebre su Centenario por el motivo de la guerra, mientras Francia, Italia, Inglaterra y Alemania dedicaban homenajes públicos a nuestro genio, algo que puede indemnizarnos a los amadores de la gloria nacional. Un hombre que había nacido con el noble sino de la recordación no interrumpió su trabajo, aunque los tiempos le negaban el necesario auxilio; y él siguió manejando sus pliegos de notas, y releyendo sus papeletas eruditas, y consultando las diversas ediciones de la obra sin par, y mirando con curiosidad de botánico las letras una a una, y las comas y los puntos de cada versión del gran libro, como el investigador del mundo vegetal inquiere en las menudas raicillas y en los pedúnculos de las hojas de cada especie el secreto de su naturaleza. Obra ejemplar de paciencia y de estudio, que sería admirable por sí misma aunque no la avalorase el talento. Pero he aquí que, además de la constante observación y del exquisito análisis minucioso, este hombre dispone para su empresa de un ingenio superiorísimo, de una fantasía potente de artista, de una delicada sensibilidad estética. Y él sabe combinar sus erudiciones con la gracia del decir, y su sabiduría con la amenidad, de modo que enseña riendo y divierte enseñando.

¿Qué me importa que no haya asistido casi nadie a los funerales de Miguel de Cervantes Saavedra en la iglesia de las Trinitarias el último lunes, si está ahí don Francisco Rodríguez Marín, el académico maestro, con su obra exquisita, fruto de una vida de trabajo, en la que rinde al *Quijote* el mejor, el más grande, el más eficaz de los homenajes? Para

los misterios de lo eterno, aquellas monjitas trinitarias, hijas espirituales de la Academia Española, tendrán sus oraciones, y ellas sabrán recoger en sus almas virginales el ramo de amor que merece el Manco de Lepanto, el cautivo de Argel, el encarcelado de Sevilla, el perpetuo perseguido, el mártir de las injusticias ambientes. Para el esplendor de la gloria del "Ingenio lego" hay en estos volúmenes que honran mi mesa todo lo necesario.

Rodríguez Marín ha consumido la existencia en el estudio de CERVANTES y de su época. El ha penetrado en el peligroso arcano de los archivos; peligroso, porque en él suelen dejarse el entendimiento los más seguros de su pensar. Y ha salido del viaje a los Infiernos de la erudición con aumentos en la virtualidad de su mente luminosa y con nuevas riquezas en su estilo. Milagro que asombra, después de asistir al hundimiento de tantos estudiosos en ese medroso abismo. Hay en esta empresa, felizmente coronada por Rodríguez Marín, algo que evoca la memoria de algunos de los héroes que él examinó. Tal cual caballero andante, de los que perturbaron el juicio de Alonso Quijano, si no es que se le esmerilaron y le pusieron en puntos de diamante, entraba en una cueva tenebrosa, llena de alimañas y de aves carnívoras y salía de allí con una flor de oro en la diestra y con un amor noble en el alma. Así el maestro. Él ha descubierto todo lo que podía importarnos respecto al Libro Único, y para realizar esta pesquisa le ha sido necesario luchar con las sombras, leer lo ilegible, descubrir lo incógnito, adivinar el secreto de cien esfinges mudas. No ha sido labor fácil, ni escasa, ni rápida. Ha sido, además, abundante en riesgos, porque el erudito que cree haber dado con una verdad y ve que se le niega, suele enfurecerse y es capaz de acabar con el contradictor.

....

El paso de los años y la desaparición de muchos injustificados detentadores de la monarquía cervántica han librado a Rodríguez Marín, en el día de su triunfo, de las amarguras de la controversia; y en ese espacio ha ganado tanto la reputación del insigne escritor andaluz, que ya no hay quien ose disputarle un lauro que ha logrado arduamente. Y esa es una de las alegrías que esta edición crítica del *Quijote* me proporciona, porque en sus seis copiosos volúmenes, admirablemente impresos, está cuanto hay que saber para el cabal entendimiento de la creación de CERVANTES. Soy enemigo de las polémicas; ellas me perturban y me quitan el gusto de la lectura, y más si el debate se refiere a cómo ha de leerse un texto. Mediante la obra de Rodríguez Marín se han acabado las controversias. Él sabe la verdad y no deja lugar a la duda. Triunfo inverosímil en esta tierra en que la audacia de los censores necesita y merece una fuerte mano que les tape las bocas con energía vindicadora.

En esto de las obras maestras hay quien quiere un texto mondo y lirondo de notas. Respetable opinión. Los sabios tienen derecho a esas ediciones. Los que no lo somos necesitamos, como el torpe andarín de países montañosos, un guía que a las veces nos coja del brazo y otras nos ceda su bastón para pasar un abismo. Desde la edad primera soy lector del *Quijote*. Conozco algo de la historia y de la literatura de aquel tiempo. Y, sin embargo, hállome con frecuencia en mi Libro con palabras, frases o alusiones que me es imposible penetrar. Entonces es cuando echo de ver cuán poderosa y útil es la compañía del hábil comentarista. Rodríguez Marín no sólo descifra los misterios, sino que acaba con las falsas interpretaciones. El lema de su obra es éste de Menén-

dez y Pelayo: "Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren..." La que el incansable maestro ha arrojado a torrentes sobre el *Quijote* le deja iluminado definitivamente. Ya no hay lagunas llenas de sombra; ya no hay nubes que oscurezcan el paisaje. El radiante sol de Castilla lo alumbrará todo. Caminemos sin temor. No daremos un paso en falso.

He de declarar que he tenido por largo tiempo una antipatía profunda contra los comentaristas de CERVANTES. Nacía ese sentimiento de que, cuando yo era muchacho y comenzaba el goce de las emociones cervantinas, andaban por esta tierra ciertos dictadores de la crítica que cada día nos daban una orden nueva sobre cómo había de entenderse esto o lo otro, sin que nadie les fuera a la mano. Ellos eran dueños y señores del campo, y a quien se atreviera a andarle sin su permiso, se le imponía la pena capital. Esta dictadura había invadido las Academias y la Prensa. De lo que valían esos dictadores da buena cuenta Rodríguez Marín, que, dejando libre el paso a toda contienda, la hace imposible, porque él ha agotado los temas opinables en lo que se refiere a la lectura del *Quijote*.

Para mí el mérito principal de esta edición crítica es que, a diferencia de lo hasta ahora usado, no pretende corregir el texto, ni acusar a CERVANTES de ignorancia o de descuido —forma que había tomado la envidia para rebelarse contra el imperio del genio—, sino que proclama su intangibilidad, y en casi todos los casos prueba que lo estampado en la edición primitiva es lo que debe ser. Torpes lectores, vanidosos críticos, ridículos jueces, habían venido intentando enmendar la plana a CERVANTES. Conocida la manera como él escribió su obra, sin repasar hoy lo que había hecho ayer, entre mil dolorosas aventuras, ya en la cárcel, ya en la miseria, cuando no en la

enfermedad o el oprobio, se atrevieron los malsines a llevar por todo el libro su osado raspador de fiel de fechos. Y apenas hubo página en que no pusieran su atrevimiento. Rodríguez Marín ha arrojado del templo a los profanadores. Ya no oiremos más su greguería alborotante ni su vulgar chilladiza. Limpia y luminosa reaparece la escritura del genio, tal y como el genio la dictó, reparada de postizas y arbitrarias enmiendas, con su vigor nativo, más grande que nunca.

Consta que CERVANTES no corrigió las pruebas de su libro eterno, como hoy hace cualquier autorcillo. Eso no era entonces costumbre. Ni el hombre de la perpetua aventura hubiera tenido ocasión de pasarse los días en el escrutinio de las faltas propias y de los errores ajenos. Por eso se metieron a correctores tantos. Ellos iban modificando el original según su capricho, y habría él parado en jeroglífico, que más tarde hubiera perturbado a los lectores, si no acude Rodríguez Marín con la versión verdadera; esto es, con la antigua, con la cervantina, con la real e indiscutible. Por eso estimo esta nueva edición del *Quijote* no como la mejor, sino como la única. El sabio autor de ella adquiere ante mí el carácter de un restaurador.

Pero no es este solo el mérito de la obra que ha realizado Rodríguez Marín. Ni cabe en un artículo la estimación de la empresa felizmente concluída. Resumiré las ideas que ella me sugiere en un concepto principal. Podíamos darnos por satisfechos con esa restauración indiscutible del texto; pero, además, en las notas que van al pie de cada página resurge animada, pintoresca, grácil, amena, comunicativa, la vida que rodeó a CERVANTES. Costumbres, sujetos, sucesos, usos, libros, autores, príncipes y caudillos, el ambiente histórico, en suma, palpita en torno. Des-

pués de haber aprendido cuanto hay de erudito y de ingenioso en el examen y resolución de las dudas, parece hallarse, quien hubiere ultimado la lectura, formando parte de la sociedad en que actuó, luchó y sufrió el "manco sano". Una nueva lección, cuando las notas han sido estudiadas, proporciona inesperados placeres, porque lo antes oscuro se aclara, y no queda lugar, ni página, ni escena de que no se goce plenamente.

Rodríguez Marín ha empleado en su empeño toda una larga vida. Viejo, mas no cansado, sino con ánimos juveniles, en la plenitud de su talento, me le imagino sosteniendo una luminosa antorcha ante la obra maestra del genio castellano. Él puede estar satisfecho de haber cumplido la orden del maestro montañés: "Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren..."

XII

Don Agustín G. de Amezúa (*El Siglo Futuro*, 27 de junio de 1917):

Poco más de un año ha tan sólo que en estas mismas páginas comuniqué a mis lectores la aparición del tomo I de una magna obra, y en tan pocos meses el insigne director de la Biblioteca Nacional ha hecho el milagro tipográfico de dar cima a una de las empresas más vastas y difíciles que podían acometerse en el galano campo de la literatura castellana: la edición crítica del *Quijote* con su correspondiente comentario. Comentario goloso, incitativo, ensayado por muchos; pero, a la verdad, imparcialmente se diga, consumado tan sólo por Rodríguez Marín.

De enhorabuena puede decirse que están las letras castellanas; su obra maestra, acaso acaso la más excelsa del mundo, halló en Rodríguez Marín el ansia-

do editor, *único y solo,* que ha tantos años esperaba. Desde hoy nadie podrá hablar de sus oscuridades y arcaísmos; ninguno podrá escudar su pereza o iliteratura diciendo que el *Quijote* es libro que no se entiende; gracias al que con toda justicia podríamos llamar *Príncipe de los cervantistas españoles,* ha quedado su texto depurado y fijo, y en su interesantísimo comentario hallarán los lectores de sus páginas el guía más seguro y ameno.

Tres principales prejuicios habían venido desviando hasta ahora la pluma de sus ilustradores de la verdadera meta: el desprecio o desconocimiento del habla popular, y singularmente de la andaluza; el prurito censorio, consecuente a tal criterio, de mirar el lenguaje de Cervantes con los ojos del gramático rígido, doctrinario y escrupuloso, siendo así, y Rodríguez Marín lo patentiza en esta edición, que Cervantes fué el escritor menos *académico* de España, y, por último, el inmoderado afán de mirar el *Quijote* al través del temperamento exclusivo de cada uno, intentando alumbrar sus páginas con el mísero rayo de la impresión subjetiva, de la emoción individual, cuando la luz en él es inmanente, rompiendo con tan viva y deslumbradora claridad, que la principal misión del ordenador crítico debía consistir en limpiar, ante todo, su texto de manchas y groseras erratas y de impropiedades y licencias introducidas por los impresores y eruditos desde hace tres siglos, velos y sombras que impedían que brillase en toda su magnitud, y, esclarecido y fijo, dejar que comunicase su lumbre a cada uno de sus lectores; que llano es su propósito, clara su intención, frescas y patentes las más veces sus gracias, sin que hayan menester de hermeneutas ni psicólogos que las desentrañen ni realcen.

Como labor más hacedera y cómoda, muchos ilus-

tradores tiraron por tan trillado, aunque torcido, camino, escamoteando siempre que podían el verdadero y costoso comentario: el filológico, gramatical e histórico, donde no valen las garrulerías retóricas, ni las necias paradojas, ni las afirmaciones olímpicas, vacías las más veces de sentido o razón; donde la verdad es una sola y lo que se afirma hay que probarlo al pie mismo del texto, sin dilación ni excusa, con autoridades y ejemplos que no cabe tampoco inventar, porque el ordenador sabe, por propia y nada grata experiencia, que allá fuera, al acecho, le celan y vigilan mil compañeros *cariñosos*, que no serán capaces de ensayar siquiera tamaña empresa; pero listos y prontos a caer sobre él en su primer descuido, esgrimiendo triunfalmente la vocal que trascordó o la coma misma que no puso, como si en el opulento vergel de la literatura castellana no quedasen todavía vírgenes e inexplorados mil bellísimos parajes o deliciosos rincones donde emplear con más gallardía y provecho tales fuerzas, tan baldía y envidiosamente gastadas.

Repasando ahora la edición crítica de Rodríguez Marín, queda el ánimo asombrado ante la sagacidad, casi diría que natural instinto, con que el benemérito cervantista reconstituye el texto en los pasajes más difíciles y espinosos, aclarados por vez primera muchos de ellos después de numerosos e infelices intentos; cuán varia, copiosa y segura es la lección de los autores todos de nuestro Siglo de Oro, sin excluír a los místicos, generalmente olvidados, y en cuyos libros yacen escondidos tesoros mil de casticismo, primor y pureza del habla castellana, por vez primera también aprovechados en esta edición. Y dígase otro tanto de las notas históricas, breve y concisamente escritas, pero pertinentes y claras, donde, sin intempestiva sabiduría ni vano pe-

dantismo, se narran o explican llanamente los hechos gloriosos, perdidas costumbres, pormenores de indumentaria, heráldica, guerra, biografía y tantos más a otras artes tocantes, tan profusamente repartidos por todos los capítulos de *El Ingenioso Hidalgo*.

Para alcanzar tan portentoso aclaramiento de sus páginas inmortales precisa sabérselas de memoria, tener en ella frescos y a mano sus giros, voces, acepciones, y hasta puntos y comas, y luego, con brío y voluntad que recuerda la de nuestros conquistadores de América, tirar por medio de la intrincada selva de la literatura nacional para encontrar las necesarias autoridades y ejemplos que robustezcan y consoliden la acepción escogida, con tanta pertinencia y tan feliz vigor, que rarísima es la vez que el ánimo, vencido, no queda sujeto en ella y prisionero. Y todo ello poniendo, además, aquel *quid divinum* que siembra amenidad y gracia en la enorme tarea, para hacer fácil y amable la aridez gramatical o filológica del comentario, el cual sale de sus manos jugoso, fresco, entretenido por sí, aun sin necesidad de relacionarlo con el texto que explica.

En suma: que lo que la Academia Española no ha podido hacer en dos siglos de vida, ni la iniciativa oficial alcanzara jamás, y dícelo elocuentemente el vergonzoso fracaso del pasado Centenario, acabólo de modo glorioso y definitivo el preclaro erudito sevillano, mostrando una vez más que para las grandes empresas de la vida hace falta siempre *un hombre*. Y el hombre del *Quijote* era Rodríguez Marín, hermano suyo por la tierra en que ambos se formaron, por una misma luz reposada y serena que ilumina sus obras, por el portentoso conocimiento del habla y sentir de nuestro pueblo, a más de aquel amor que vibra en él hacia el espíritu y glorioso ambiente de nuestra España vieja.

Hoy que la atención de las gentes parece ir por otros rumbos; hoy, que el *Quijote* va siendo libro de lectura erudita, o, cuando menos, escasa, y no es, como antaño, el catecismo de nuestro pueblo, cuyo espíritu contribuía a formar con la *Guía de pecadores* de Granada y *Las Moradas* de la Santa de Ávila, libros que no dejaba de leer español alguno durante el curso de su vida, acaso acaso no alcance esta edición la popularidad que debiera, y que su maravilloso y formidable acabamiento merece; pero pasarán los años, el lenguaje castellano continuará enviciándose cada vez más, por la tenaz influencia de la galiparla al uso, borraránse más cada día los escasos vínculos que aún nos ligan a lo pasado, y entonces, futuros críticos y comentaristas se asombrarán del caudal de sana erudición que en los seis volúmenes de esa magna y bellísima edición se encierra, del portentoso trabajo que arguyen, del seguro y experto juicio que en ellos resplandece, y entonces también se pondrán en su punto la gloria y la gratitud que merece el hombre que destinó largas vigilias de su vida, con hermoso entusiasmo y singular desprendimiento, a ordenar el texto y comentario de la Biblia de una raza, de aquella obra inmortal, cuya lectura explica por qué fueron grandes nuestros abuelos, fuerte, gloriosa y temida nuestra Patria, cuando el espíritu de sus hijos se apacentaba y robustecía con la lectura de sus páginas imperecederas.

XIII

Don Julio Casares (*La Nación,* 11 de julio de 1917):

....

¿Quién negará de buena fe que el actual director de la Biblioteca Nacional representa un positivo va-

lor en nuestras letras? Dejando a un lado otros aspectos de su personalidad, y sin salir del único que por ahora nos interesa, hemos de convenir en que, aun cuando el sabio académico no actúa de filólogo científico, ni pretende pasar por tal, es un lexicólogo excelente y un gramático experto y bien orientado que conoce al dedillo y beneficia con acierto cuanto se ha escrito últimamente sobre la materia en España y en el extranjero. Como escritor, se juntan en su estilo el donaire y la amenidad, y, en punto a limpieza de léxico y corrección de forma, es su pluma, entre las que hoy rasguean el castellano, una de las cuatro o seis mejor cortadas. Esto ya es algo, ¿verdad?

Después de no pocos años de escudriñar parejamente y con fruto copioso la lengua de los clásicos y el habla popular, nuestro docto comentarista publicó, entre otros muchos trabajos de mérito, los importantes estudios literarios *El Loaysa, Luis Barahona de Soto, Pedro Espinosa* y la magnífica edición crítica de *Rinconete y Cortadillo,* obras todas premiadas por la Real Academia Española. ¿Cómo no ver aquí un estímulo para más altas empresas y un presagio de su feliz acabamiento? El señor Rodríguez Marín planeó entonces una edición anotada del *Quijote.* No se proponía alquitarar la significación filosófica de la novela, ni hallar en ella las normas para la regeneración nacional, ni siquiera descubrir en su autor un nuevo aspecto que enriqueciese la pintoresca colección de *Cervantes fisiólogo, Cervantes viajero, Cervantes revolucionario, Cervantes teólogo,* etc., etc.

El designio del señor Rodríguez Marín era bastante más humilde: poner en su lugar los puntos y las comas, restablecer la verdadera lección en los pasajes alterados, explicar el sentido de las voces y

construcciones caídas en desuso, sacar a luz las figuras históricas o de ficción encubiertas aquí y allá, cumplir, en fin, hasta donde sus fuerzas alcanzasen, aquella parte del programa de Menéndez y Pelayo que dice así: "Luz, más luz es lo que esos libros inmortales requieren; luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura, y explique la génesis de la obra, y aclare todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida tan animada y compleja que CERVANTES refleja en sus libros."

Pues bien, ya está aquí la obra. En seis gruesos tomos de esmeradísima impresión, el texto cervantino corre limpio y desembarazado sobre el enorme cúmulo de notas que, al pie de las páginas, esperan humildemente, sin llamadas importunas, al curioso lector que necesite o desee consultarlas.

....

Bien a mi pesar, y por exceso de ocupaciones menos gratas, no me ha sido aún posible examinar con el merecido detenimiento toda la labor realizada por el señor Rodríguez Marín; pero, a juzgar por los primeros tomos, no me parece aventurado asegurar que la nueva lección supera a todas las anteriores; que más de un punto oscuro ha quedado definitivamente resuelto; que no pocas dificultades de interpretación, rehuídas hasta ahora, se ponen lealmente a discusión; que se aclaran bastantes enigmas literarios; que se estudian por primera vez interesantes fenómenos gramaticales, y que, en suma, la nueva edición del *Quijote* representa, para la obra capital de nuestra literatura, un paso grande hacia la luz que pedía Menéndez y Pelayo.

Bien merece, pues, quien a tal empresa consagró veinte años de vida laboriosa que se le haga justicia y que, junto con el favor del público, le llegue,

respetuoso y sincero, sin distingos hipócritas, el fervoroso aplauso de la crítica.

....

XIV

Don Francisco A. de Icaza (*El Imparcial*, 19 de noviembre de 1917) (1):

I

El lector de CERVANTES debe comparar los mazacotes de prosa en las ediciones primitivas o en sus reproducciones modernas — exactas, corrompidas o mutiladas a pretexto de corrección— con las mismas páginas en las ediciones del señor Rodríguez Marín.

Verá que, de la inteligencia a los ojos, todo descansa y se complace en esta nueva forma. La puntuación debida aclara este o aquel concepto dudoso. La división de párrafos restituye el aparente bloque de prosa a su ser verdadero y le transforma en algo viviente, como es el *Quijote* mismo, no obra sólo de biblioteca, sino de lectura cotidiana, con gracia e interés siempre actuales, por ser eternos.

Y este trabajo es desinteresado, porque de él no puede reclamarse propiedad. Bien mostrenco, está a merced de los propios detractores del señor Rodríguez Marín, si los tiene o llega a tenerlos.

El mejor tributo de admiración que el señor Rodríguez Marín rinde a CERVANTES es ponerlo en lim-

(1) El notable estudio que hizo el señor Icaza de la edición crítica del *Quijote* publicada por Rodríguez Marín, y de que son ligero extracto estos fragmentos, forma parte de un libro del mismo autor intitulado *El Quijote durante tres siglos*. (Renacimiento, 1918.)

pío y moderno, en su pulcra exactitud, en mano de sus lectores. Para realizarlo no basta la cuidadosa compulsa de los libros y manuscritos, suficiente en la reproducción exacta de las viejas ediciones: se necesita ser autor a la par que crítico; compenetrarse hondamente del espíritu y de la forma del libro y ser escritor a la vez docto y popular.

Estas condiciones personales permitieron al último comentarista poner en práctica, por lo que toca a la exactitud del texto, la regla, tan bien establecida como poco observada antes, de "rechazar toda enmienda siempre que razonablemente hubiera posibilidad de creer que CERVANTES escribió lo que aparece impreso en la primera edición"; porque ese precepto pide como complemento necesario en quien reimprime y comenta la perfecta comprensión del texto primitivo. No en vano recuerda el señor Rodríguez Marín a ese propósito la advertencia que puso fray Luis de León al frente del autógrafo de *Las Moradas* de Santa Teresa: "En este libro —dice fray Luis— está muchas veces borrado lo que escribió la Santa Madre y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen, y, ordinariamente, está mal borrado y estaba mejor primero como se escribió... No se pueden corregir bien las palabras si no es llegando a alcanzar enteramente el sentido dellas; porque si no se alcanza, lo que está muy propiamente dicho parecerá impropio, y desa manera se vienen a estragar y echar a perder los libros." Y ¿cuántos editores y anotadores —con la mayor buena fe, con la más audaz petulancia, o con el más ignaro utilitarismo— no estragaron y echaron a perder, siquiera fuese momentáneamente, algún texto cervantino de los hoy restituídos a su forma y significación primitivas?

II

Desde luego, a diferencia de algunos de sus inmediatos predecesores, este anotador no hace del cervantismo una apasionada bandería. No alaba a CERVANTES menospreciando a los demás autores castellanos, ni admira el *Quijote* desdeñando las demás obras cervantinas. No podía ser de otro modo. Quien como el señor Rodríguez Marín agotó la materia biográfica y crítica acerca de Baltasar del Alcázar, Barahona de Soto y Pedro Espinosa, dedicándoles libros enteros; quien esclareció en monografías especiales lo concerniente a la vida sevillana de Lope y a varios particulares referentes a Cetina, Herrera, Alemán, Vélez de Guevara y tantos otros, no podía ser exclusivista: sabía que la admiración a CERVANTES nace de su comparación con el mérito de los demás; pero no lo excluye, sino lo acrisola y acendra.

....

III

Rodríguez Marín no estudió a los hombres en los libros. El ejercicio de la profesión de abogado en poblaciones que tienen mucho de campo y algo de ciudad le puso en contacto con gran número de gente de todas clases y condiciones, que viven, poco más o menos, la misma vida que vivieron los personajes de CERVANTES. Pudo sentir y comprender aquellas costumbres mejor que ningún otro comentador.

....

Conocedor del *folklore* español, por debérsele la mejor colección de cantares andaluces populares,

comparados con los del resto de España, explorador de refranes y proverbios, de esos que el maestro Mal-Lara llamaba *Filosofía vulgar,* Rodríguez Marín estaba en condiciones más que propicias para explicar la parte del léxico de CERVANTES que en Andalucía —como en la América española— se conserva en el habla diaria y en el vocabulario vulgar.

Impuesto de cuantas noticias impresas traen los libros sobre los asuntos que comenta, acrecentadas y a veces corregidas por su directa investigación documental, tiene, además, para estimar sus relaciones con el *Quijote* y las *Novelas,* algo de que los otros anotadores carecieron: haber convivido literariamente la vida y costumbres que tan honda influencia dejaron en toda la producción cervantina.

....

"Deploro —decía Rodríguez Marín al entrar en la Academia años ha— que no me acompañe la más rica de mis preseas de antaño: la alegría." Y agregaba: "En eso, y no es poco —pues la alegría es iniciativa, y actividad, y aptitud, y brío—, me parecí a los españoles del gran siglo, y por aquel regocijo adelante, como por senda franca, me acerqué a su trato y con ellos intenté comunicarme y convivir a todo mi sabor."

Pero quien así hablaba convalecía aún de larga y gravísima enfermedad que le puso en trance de muerte. Pasó aquella tristeza, de la que pedía Rodríguez Marín perdón como si fuera en él delito. Y con una alegría de espíritu muy de su tierra y de su gente, reanuda, desde entonces, sin reposo ni cansancio, sus valiosas tareas. Mucho bueno queda y quedará por decir en detalle de estas últimas. Gran parte de las notas requerirían, no una mención pasajera, sino especial y detenido examen, ajeno a la índole de este artículo, que no es, ni quiere ser, sino

una impresión de conjunto. Al terminarlo me viene a la memoria el tópico muy repetido de que, en esta penosa materia crítica, quien censura, molesta a uno, y el que alaba, disgusta a varios; pero aunque así fuera —que tratándose del señor Rodríguez Marín es de esperar no lo sea—, ¿qué le íbamos a hacer?: la justicia ante todo.

XV

Doña Concha Espina (*El Universo*, 22 de junio de 1918):

Todas las obras sumas de la Naturaleza y del Arte poseen por sí mismas la virtud de promover en nuestras almas la admiración y el deleite. Para admirar basta con saber sentir. Con sólo el sentimiento puro de las cosas bellas somos capaces de percibir la armonía del cielo, las hermosuras de la tierra y del mar, la emoción de la música, de los colores, de las palabras y las formas. Al hombre más rudo, a la mujer más frívola, si tienen blando el corazón, les embelesan las "Concepciones" de Murillo, la Catedral de Toledo, el dechado insigne del *Quijote,* las imágenes de Salcillo y Montañés, una noche de luna, la brava sinfonía de las olas, el misterio de las cumbres y las selvas.

Pero si una mano sabia, unos ojos avizores, una inteligencia luminosa, un gran espíritu, nos guían al través de los paisajes, de los museos, de las obras maestras, y nos ayudan, no sólo a contemplar y sentir, sino también a comprender, entonces todo cobra un relieve inesperado, una vida superior, que nos eleva sobre nosotros mismos a los orígenes de la belleza creadora.

De esta suerte nos guían y conducen el castizo ingenio, el alto saber de don Francisco Rodríguez Marín al través del *Quijote* en la ya famosa edición crítica del libro inmortal.

De hoy en adelante, quien aspire a ver, a sentir, a comprender sus páginas gloriosas con toda la luz que para ellas pedía el maestro Menéndez y Pelayo, "luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura"; quien pretenda conocer "la génesis de la obra, todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida, tan animada y compleja que CERVANTES reflejó en el *Quijote*", habrá de leerle de la mano de Rodríguez Marín.

Decíanos también Menéndez y Pelayo que para estudiar el *Quijote* en todos sus aspectos, varios y profundos, sería menester una generación entera de eruditos. No obstante, la esforzada voluntad de un solo ingenio, erigiéndose en representante de toda una generación, ha sabido realizar el milagro de esta empresa. Y en la edición magnífica de Rodríguez Marín resplandece, cabal y perfecto, el gran libro español, nunca hasta ahora bastante bien comprendido y anotado.

A partir de tan noble homenaje, la vida del caballero de la Mancha adquiere la transparencia de un limpio cristal; luce toda la hondura de su fondo, libre de los errores y falsedades que la tuvieron cautiva. Su ilustre comentador, el gran crítico sevillano, por ser a la vez artista y poeta, señor de altos estudios y amigo de las gracias del *folklore,* ha puesto de relieve todos sus matices, todas las armonías que envuelven la *triste* y hermosa *figura* en un coro musical, donde el idioma entero canta y arrulla a los siglos castellanos por toda la vida de una raza.

Las mismas claridades adquiere el elemento histó-

rico: la época y las costumbres logran una definitiva limpidez y quedan descubiertas, con el aderezo de esa gracia andaluza que, al exceder sus últimos quilates, acierta a dar tan delicioso perfume al casticismo español. Y al abrirse también los horizontes geográficos, ya sin dobleces ni penumbras, responden a la grandeza nativa de la obra en márgenes asequibles a todas las admiraciones.

Nunca un monumento literario ha tenido intérprete ni guía de mejor calidad. Nuestro siglo xx puede sentirse orgulloso de esta nueva antorcha encendida en honor del Príncipe de los Ingenios Españoles. Su obra gigante parece así como una catedral cuyas altas bóvedas se elevan con armonioso ritmo, animadas por el genio del arte y esclarecidas por las luces del saber.



OBRAS

DE

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

(EL BACHILLER FRANCISCO DE OSUNA)

PUBLICADAS

LAS SEÑALADAS CON ASTERISCO NO SE DESTINARON PARA LA VENTA

1. *Suspiros: poesías.* Sevilla, Gironés y Orduña, 1875. Un tomo en 8.º
2. *Auroras y nubes: poesías.* Sevilla, Gironés y Orduña, 1878. Un tomo en 8.º
3. *Entre dos luces: artículos joco-serios y poesías agridulces* (2.ª edición). Sevilla, Gironés y Orduña, 1879. Un tomo en 8.º
4. *Basta de abusos: El pósito del doctor Navarro, su fundación y su estado actual.* Osuna, Eulogio Trujillo, 1880. Folleto en 4.º
5. * *Cinco cuentezuelos populares andaluces,* anotados. (Extracto de *La Enciclopedia* de Sevilla, 1880.) Folleto en 4.º
6. *El Gobernador de Sevilla y "El Alabardero": proceso de un funcionario público.* (En colaboración.) Sevilla, Gironés y Orduña, 1881. Un tomo en 8.º
7. *Tanto tienes, tanto vales:* comedia en un acto y en verso (2.ª edición). Sevilla, Impr. del Círculo Liberal, 1882.

8. *Juan del Pueblo: historia amorosa popular.* Sevilla, Francisco Álvarez y C.ª, 1882. Folleto en 8.º

9. *Historias vulgares:* narraciones en prosa. Sevilla, Francisco Álvarez y C.ª, 1882. (2.ª edición, Sevilla, Imprenta de la *Guía Comercial de Andalucía,* 1903.) Un tomo en 8.º

10. *Cantos populares españoles,* ordenados e ilustrados. Sevilla, Francisco Álvarez y C.ª, 1882-83. Cinco tomos en 8.º

11. *Cien refranes andaluces de Meteorología, Cronología, Agricultura y Economía rural,* anotados. Fregenal, Est. tip. de *El Eco,* 1883. (2.ª edición, Sevilla, E. Rasco, 1894.) Folleto en 4.º—1 pta.

12. * *Quinientas comparaciones populares andaluzas.* Osuna, Impr. de *El Ursaonense,* 1884. Folleto en 8.º

13. * *El "Cantar de los Cantares" de Salomón, traducido directa y casi literalmente del hebreo en verso castellano.* Osuna, Impr. de *El Ursaonense,* 1885. Folleto en 8.º

14. * *Reparos al nuevo Diccionario de la Academia Española.* Osuna, Impr. de *El Centinela,* 1886. En 8.º (2.ª edición, Osuna, M. Ledesma Vidal, 1888. En 4.º) Folleto.

15. * *Apuntes y documentos para la historia de Osuna.* Osuna, M. Ledesma Vidal, 1889. Un tomo en 4.º

16. *Ilusiones y recuerdos: poesías.* (En colaboración.) Sevilla, Díaz y Carballo, 1891. Un tomo en 8.º

17. *Nueva premática del Tiempo: frusleria literaria.* Sevilla, E. Rasco, 1891. En 4.º (2.ª edición; Sevilla, E. Rasco, 1895. En 8.º) Folleto.

18. *Flores y frutos: poesías.* Sevilla, E. Rasco, 1891. Un tomo en 8.º, con retrato del autor.

19. * *Sonetos y sonetillos.* Sevilla, E. Rasco, 1893. Un tomo en 16.º

20. * *De rebusco: sonetos.* Sevilla, E. Rasco, 1894. Un tomo en 8.º

21. *Ciento y un sonetos,* precedidos de una carta autografiada de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Sevilla, E. Rasco, 1895. Un tomo en 8.º

22. * *Discurso* de recepción leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. (Trata de los refranes en general, y en particular de los españoles.) Sevilla, E. Rasco, 1895. En 4.º

23. *Madrigales.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1896. En

8.° (2.ª edición, aumentada, con ilustraciones de Coullaut Valera, Madrid, J. Lacoste, 1909. En 8.° —3.ª edición, aumentada, con la traducción en versos latinos del P. Jerónimo Córdoba, escolapio. Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1917. En 4.°)—2 ptas.

24. *Los refranes del Almanaque, explicados y concordados con los de varios países románicos.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1896. Un tomo en 8.°

25. *Flores de poetas ilustres de España*, colegidas por Pedro Espinosa (1605) y don Juan Antonio Calderón (1611), anotadas: trabajo que comenzó don Juan Quirós de los Ríos. Sevilla, E. Rasco, 1896. Dos tomos en 4.°

26. * *Una poesía de Pedro Espinosa*, con introducción y notas. Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1896. Folleto en 4.°

27. * *Comentarios en verso, escritos en 1599 para un libro que se había de publicar en 1896.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1897. Folleto en 4.°

28. * *Discurso* leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, contestando al de recepción del excelentísimo señor don Manuel Pérez de Guzmán y Boza, marqués de Jerez de los Caballeros. Sevilla, E. Rasco, 1897. En 4.°

29. *Fruslerías anecdóticas.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1898. Un tomo en 4.°

30. * *Discurso* leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, contestando al de recepción del señor don Carlos Cañal y Migolla. Sevilla, Impr. de *La Andalucía Moderna*, 1899. En 4.°

31. * *La onza de oro y la perra chica.* Sevilla, Establecimiento tip. Monsalves, 1898. En 8.° (2.ª edición. Sevilla, Impr. "La Industria", 1899. En 4.°) Folleto.

32. *Mil trescientas comparaciones populares andaluzas, concordadas con las de algunos países románicos y anotadas.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1899. Un tomo en 8.°

33. * *Cervantes y la Universidad de Osuna: estudio histórico-literario.* (Extracto del *Homenaje á Menéndez y Pelayo.*) Madrid, Viuda e Hijos de M. Tello, 1899. Folleto en 4.°

34. *Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565):* discurso leído

en el Ateneo y Sociedad de Excursiones de aquella ciudad, en la solemne inauguración del curso de 1900 a 1901. Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1901. (2.ª edición, *ibidem*, 1905.) En 8.º—1 pta.

35. *El Loaysa de "El Celoso extremeño": estudio histórico-literario.* Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1901. Un tomo en 4.º

36. * *Discurso* leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, contestando al de recepción del señor don Emilio Llach y Costa. Sevilla, Impr. de *El Mercantil Sevillano*, 1902. En 4.º

37. * *Noticia biográfica de don Fernando Afán de Ribera Enríquez, VI marqués de Tarifa.* Sevilla, E. Rasco, 1903. Folleto en 8.º

38. *Luis Barahona de Soto: estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, premiado con medalla de oro en público certamen, por votación unánime de la Real Academia Española, e impreso a sus expensas. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903. Un tomo en 4.º mayor.—15 ptas.

39. * *Las aguas potables de Osuna:* carta histórica dirigida al señor don José Cruz Cordero. Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1903. Folleto en 4.º

40. * *En qué cárcel se engendró el "Quijote":* discurso leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 8 de mayo de 1905. Sevilla, L. Santigosa, 1905. En 8.º

41. * *Cervantes en Andalucía: estudio histórico-literario.* Sevilla, Impr. de *El Correo de Andalucía,* 1905. Folleto en 8.º

42. *Rinconete y Cortadillo:* edición crítica, honrada con el premio en certamen público extraordinario, por votación unánime de la Real Academia Española, e impresa a sus expensas. Sevilla, Francisco de Paula Díaz, 1905. Un tomo en 4.º—8 ptas.

43. *Chilindrinas: cuentos, artículos y otras bagatelas.* Sevilla, Est. tip. de *El Progreso,* 1906. Un tomo en 8.º

44. *Pedro Espinosa: estudio biográfico, bibliográfico y crítico,* premiado con medalla de oro en público certamen, por votación unánime de la Real Academia Española, e impreso a sus expensas. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1907. Un tomo en 4.º mayor.—8 ptas.

45. *Discurso* de recepción leído ante la Real Academia Española. (Trata de la vida y las obras de Mateo Alemán.) Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1907. (2.ª edición, Sevilla, Francisco de P. Díaz, 1907.) En 4.°—2 ptas.
46. * *Una sátira sevillana del licenciado Francisco Pacheco*, anotada. Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1908. Folleto en 4.°
47. *Del oído a la pluma: narraciones anecdóticas*. (Tomo XLIV de la *Biblioteca "Patria"*.) Madrid, Imprenta de la *Biblioteca "Patria"*, 1908. En 8.° —1 pta.
48. * *La segunda parte de la "Vida del Pícaro", con algunas noticias de su autor*. Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1908. Folleto en 4.°
49. * *Cinco poesías autobiográficas de Luis Vélez de Guevara*, anotadas. Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1908. Folleto en 4.°
50. *Obras de Pedro Espinosa, coleccionadas y anotadas:* complemento del estudio sobre Espinosa que premió la Real Academia Española, impreso igualmente a sus expensas. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1909. Un tomo en 4.° mayor.—8 ptas.
51. * *Luis Vélez de Guevara:* conferencia leída en el Teatro Español al estrenarse la refundición de *La Luna de la Sierra*, hecha por don Cristóbal de Castro. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1910. En 8.° (2.ª edición, *ibidem*, 1910. En 4.°)
52. *Azar: cuento* (número 182 de la publicación titulada *El Cuento Semanal*). Madrid, Impr. Artística Española, 1910. En 4.°
53. *Quisicosillas: nuevas narraciones anecdóticas*. Tomo LXVIII de la *Biblioteca "Patria"*.) Madrid, Imprenta de la *Biblioteca "Patria"*, 1910. En 8.°—1 pta.
54. *La copla: bosquejo de un estudio folk-lórico:* conferencia leída en la Fiesta de la Copla, que celebró el Ateneo de Madrid. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1910. En 8.°—1 pta.
55. *Poesías de Baltasar del Alcázar* (con introducción, notas, variantes y glosario). Edición de la Real Academia Española. Madrid, Sucesores de Hernando, 1910. Un tomo en 8.°—3,50 ptas.
56. *El "divino" Herrera y la Condesa de Gelves:* con-

ferencia leída en el Ateneo de Madrid. Madrid, Bernardo Rodríguez, 1911. En 4.°—1,50 ptas.

57. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición anotada. (De la colección de *Clásicos Castellanos:* ediciones de *La Lectura.*) Madrid, Tipografía de *Clásicos Castellanos*, 1911-1913. 8 tomos en 8.°—24 ptas.

58. *El "Quijote" y Don Quijote en América:* conferencias leídas en el Centro de Cultura Hispano-Americana. Madrid, Est. tip. de la *Gaceta Administrativa*, 1911. En 8.°—2 ptas.

59. * *Nuevos datos para la biografía de don Juan Ruiz de Alarcón.* Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1912. En 8.°

60. *El capítulo de los galeotes: apuntes para un estudio cervantino.* Conferencia leída en un curso de vacaciones para extranjeros. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1912. En 4.°—1 pta.

61. *El Pasajero*, del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa: reproducción de la edición príncipe (1617). Madrid, *Biblioteca "Renacimiento"*, 1913. En 8.°—2,50 ptas.

62. * *De Madrid al Bosque de Doña Ana: una jornada real (1624).* Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 4.°

63. *Burla burlando...: menudencias de varia, leve y entretenida erudición.* Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. (2.ª edición, aumentada y con retrato del autor, *ibidem*, 1914.) En 8.°—3,50 ptas.

64. *Cervantes y la ciudad de Córdoba:* estudio que obtuvo el premio en los Juegos florales y certamen que celebró aquella ciudad en mayo de 1914. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 8.° —1 pta.

65. * *Discurso* leído ante la Real Academia Española, contestando al de recepción del excelentísimo señor don Manuel de Saralegui y Medina. Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1914. En 4.°

66. *Aportaciones para la historia del histrionismo español en los siglos XVI y XVII.* (Extracto del *Boletín de la Real Academia Española*.) Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 4.°—2 ptas.

67. *Lope de Vega y Camila Lucinda:* conferencia leída en el Ateneo de Madrid. (Extracto del *Boletín de*

la Real Academia Española.) Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 4.º—1,50 ptas.

68. *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, anotados y publicados a expensas de la Real Academia Española. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 4.º—5 ptas.

69. * *Una joyita de Cervantes.* Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1914. En 8.º

70. *Discurso* leído ante la Real Academia Española, contestando al de recepción del señor don Juan Menéndez Pidal. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1915. En 4.º

71. *Doce cartas de don Francisco de Quevedo, unas parcial y otras totalmente inéditas.* (Extracto del *Boletín de la Real Academia Española.*) Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1915. En 4.º—1 pta.

72. * *Glosa del discurso de las armas y las letras, del "Quijote"*, leída en el Centro del Ejército y de la Armada. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1915. En 8.º

73. * *El Caballero de la Triste Figura y el de los Espejos: dos notas para el "Quijote".* (Extracto del *Boletín de la Real Academia Española.*) Madrid, Impr. de la *Revista de Archivos*, 1915. Folleto en 4.º

74. *El andalucismo y el cordobesismo de Cervantes:* discurso leído en los Juegos florales de Córdoba. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1915. En 4.º —1 pta.

75. *El doctor Juan Blanco de Paz:* conferencia leída en la Asociación de la Prensa de Madrid. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1916. En 4.º—1 pta.

76. *El yantar de Alonso Quijano el Bueno:* conferencia leída en el Ateneo de Madrid. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1916. En 4.º—1 pta.

77. *Los modelos vivos del Don Quijote de la Mancha: Martín de Quijano:* conferencia leída en la Unión Ibero-Americana. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos*, 1916. En 4.º—1,50 ptas.

78. *La cárcel en que se engendró el "Quijote":* discurso leído en los Juegos florales del Ateneo de Sevilla.

Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1916. En 4.º—1,50 ptas.

79. *¿Se lee mucho á Cervantes?:* conferencia dada en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1916. En 4.º—1,50 ptas.

80. *El apócrifo "secreto de Cervantes":* juicio emitido acerca de él en dos ocasiones. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1916. En 8.º—1 pta.

81. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha:* edición crítica y anotada. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1916-1917. 6 tomos en 4.º—60 ptas.—Los ejemplares tirados en papel de hilo, 125 ptas.

82. *Novelas ejemplares* de Cervantes, anotadas. (Ediciones de *La Lectura.*) Madrid, Tip. de *Clásicos Castellanos,* 1914-1917. 2 tomos en 8.º—6 ptas.

83. *La Ilustre Fregona,* de Cervantes, edición crítica, con prólogo y notas. (Cubierta de Coullaut Valera.) Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1917. En 8.º—3 ptas.

84. * *Discurso* leído en la Biblioteca Nacional, en la inauguración de la estatua de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1917. En 4.º

85. * "*Agua quisiera ser...*": soneto, con sus traducciones en verso al latín, gallego, mallorquín, portugués, francés, italiano y alemán. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1917. En 8.º

86. *El retrato de Miguel de Cervantes:* estudio sobre la autenticidad de la tabla de Jáuregui que posee la Real Academia Española. Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1917. En 4.º—3 ptas.

87. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha:* edición monumental del Centenario de Cervantes, subvencionada por el Gobierno de S. M., con 200 dibujos de Ricardo Marín, reproducidos en heliograbado por Sánchez Gerona. 1916-1917. 4 tomos en folio. (Tirada de 125 ejemplares, numerados, de los cuales sólo 75 se han destinado para la venta.)—2.000 ptas.

88. *El modelo más probable del Don Quijote:* conferencia leída en la Asociación de Escritores y Artistas.

Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1918. En 8.°—1 pta.

89. *El Diablo Cojuelo,* de Luis Vélez de Guevara, con prólogo y notas. (Ediciones de *La Lectura.*) Madrid, Tip. de *Clásicos Castellanos,* 1918. En 8.°—3 ptas.

90. *Las guitarras mágicas:* selección de cantos populares españoles. (*Biblioteca "Estrella".*) Madrid, José Poveda, 1918. En 16.°—2 ptas.

91. *El Casamiento engañoso y Coloquio de los perros,* novelas de Cervantes: edición anotada. (Cubierta de Coullaut Valera.) Madrid, Tip. de la *Revista de Archivos,* 1918. En 8.°—3 ptas.

Están agotadas las obras que no tienen indicado el precio.

EN PRENSA

El farmacólogo sevillano Nicolás Monardes: conferencia leída en el Ateneo de Madrid. Con más de cincuenta documentos inéditos.

Nuevos datos para las biografías de algunos escritores españoles de los siglos XVI y XVII.

EN PREPARACION

Entre otras obras:

Azar y otros cuentos.

Un millar de voces castizas y bien autorizadas que podrá admitir en su "Diccionario" la Real Academia Española.

Noticias hasta ahora inéditas de algunos pintores y escultores españoles de los siglos XVI y XVII. (En colaboración.)

Del agua que pasó: rimas escogidas, 2 tomos.

El poeta Gutierre de Cetina en Méjico (1554): extracto y estudio de un notable proceso inédito.

Cuentos anecdóticos.

Mateo Alemán: su vida y sus obras.

Cuentos populares españoles, clasificados y anotados. Segunda edición, refundida y muy aumentada (más de 20.000 rimas del pueblo). 4 tomos en 4.°, a dos columnas.

Refranero general español (más de 20.000 refranes).

ÍNDICE

Precio: **una** peseta.